

<p>Salomone, Mariano. Reconstrucción de una experiencia política en Provincia: continuidades y rupturas. El 19 y 20 de diciembre de 2001 como inflexión. <i>Informe final del concurso: Partidos, movimientos y alternativas políticas en América Latina y el Caribe.</i> Programa Regional de Becas CLACSO. 2005</p> <p>Disponible en la World Wide Web: http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2005/partijov/salomone.pdf</p>	
<p>www.clacso.org</p>	<p>RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO http://www.clacso.org.ar/biblioteca - biblioteca@clacso.edu.ar</p>

Reconstrucción de una experiencia política en Provincia: continuidades y rupturas. El 19 y 20 de diciembre de 2001 como inflexión.

Mariano Salomone*

El 19 y 20 como inflexión

Las jornadas de protesta de diciembre de 2001 en Argentina han hecho visible un escenario social que se expresa a través de formas organizativas y de protesta inhabituales. Estos procesos socio-políticos han desafiado al conjunto de las ciencias sociales a producir herramientas conceptuales no convencionales para su interpretación.

En la actualidad existe, por una parte, un debate teórico para definir cuáles son las conceptualizaciones que mejor permiten un acercamiento a los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre y por la otra, ligada al debate conceptual, se da una fuerte disputa ideológico-política por establecer los alcances transformadores de dichas jornadas de protesta. Ahora bien, la mayor parte de esta producción teórica y de los análisis empíricos se encuentra centrada en la lectura de los procesos tal cual ocurrieron en el Gran Buenos Aires y Capital Federal (1). Se hace entonces necesario conocer cómo son estos movimientos sociales en sus manifestaciones locales y periféricas; qué características específicas han tomado en el interior del país.

En el debate político-académico sobre las jornadas del 19 y 20 se puede decir (de manera simplificada) que se enfrentan dos posiciones o interpretaciones contrapuestas: una, afirma la existencia de una continuidad absoluta en el contenido y la forma del 19 y 20 respecto de luchas anteriores; la otra, advierte que en verdad se trata de algo totalmente distinto, una ruptura radical respecto de lo ya conocido. Para comprender cuáles han sido las determinaciones específicas de las jornadas de diciembre una cuestión es indudable, dichas jornadas han abierto la discusión en torno a las relaciones entre el pasado y el presente. Si en el último tiempo, hubo, para los sectores populares, un redescubrirse como *protagonistas* de la historia, en ese mismo proceso se produjo una suerte de interrogación por la *historia* de estos protagonistas. Pienso que como efecto de la irrupción de los sectores populares en el espacio público se han abierto posibilidades de reconfiguración del vínculo pasado-presente. Estas jornadas, al cuestionar la naturalidad de la realidad presente que vivimos, reabrieron las posibilidades de interrogar y problematizar los relatos

(marcados por la derrota) que sobre el pasado se habían construido y a través de los cuales se establecía una continuidad “natural” entre esa derrota y el presente. Las jornadas de diciembre contribuyeron y contribuyen (entre otras cosas) a modificar los *marcos sociales* desde los cuales se hace posible preguntar por el pasado reciente. Es, en este sentido, que pienso que las jornadas de diciembre constituyen un *punto de inflexión* en el establecimiento de los límites e interrelaciones entre las memorias y los olvidos, entre el pasado y el presente.

Pero, ¿de dónde proviene este efecto de las jornadas de diciembre sobre la temporalidad y espacialidad establecidas? Según León Rozitchner, el genocidio llevado a cabo por la última dictadura militar en Argentina, destruyó el tejido social existente y produjo, mediante el terror, otro tipo de sociabilidad. Una sociabilidad fundada en el mercado, que exige la dispersión de los sujetos y reduce los lazos humanos a las categorías de comprador y vendedor. Para Rozitchner, el 19 y 20, parecieran haber roto eso que nos mantenía separados: se pudo salir afuera y encontrarse con el otro, reconocerse en el común sufrimiento y poder así activar los poderes del propio cuerpo en la medida que empezábamos a sentir que podíamos construir un cuerpo común poderoso. “En ese sentido algo ha comenzado: reconocer que tenemos el poder de incidir sobre las fuerzas que sentíamos inexpugnables” (Rozitchner, 2002: 40). Este encuentro con el Otro, es lo que subyace y posibilita hacer memoria y reconstruir relatos silenciados durante dos décadas. Sucede que el individuo, para evocar el pasado, tiene que apelar a recuerdos y testimonios de otros, es decir, a puntos de referencia exteriores a su persona pues toda memoria social se gesta y apoya en el pensamiento y la comunicación grupal.

En esta investigación, que constituye un primer acercamiento a las jornadas de diciembre en Mendoza, he propuesto un abordaje cuya preocupación central es incorporar al análisis la dimensión histórica: aquella discusión abierta sobre las tensiones entre el pasado y el presente en términos de *continuidades* y *rupturas* respecto de las formas organizativas. Ahora bien, la preocupación por el vínculo pasado-presente esconde una cuestión anterior: el convencimiento de la necesidad que tienen los sectores populares de recuperar el pasado; no cualquier pasado, sino aquel (su) “pasado trunco”, de organización popular, de resistencia y de perspectivas de transformación social. La idea de indagar sobre estos ejes se vincula con el propósito de contribuir a fortalecer y potenciar las experiencias organizativas y de resistencia que las jornadas de diciembre abrieron. No obstante, a la hora de pensar la relación pasado-presente resulta equivocado hacerlo en términos disyuntivos de “total continuidad” o “radical ruptura”. En relación a las tradiciones revolucionarias de los sectores populares es frecuente encontrar esas dos posiciones: aquella “setentista”, que pretende retornar al pasado en una especie de restauración de la experiencia previa; y la “autonomista”, que intenta constituir una nueva forma de hacer política sobre un pretendido vacío político-cultural. Por el contrario, debemos realizar una evaluación cuidadosa de la *experiencia* social del “19 y 20” que permita registrar las tensiones presentes en su interior; a partir de las cuales, como acto político, estas jornadas resultan un terreno incierto: los sujetos irrumpen en el escenario público provocando una nueva situación político-social desde la cual modificar el devenir histórico; pero para ello, deben habérselas (por decirlo a la manera de Marx) con la inercia de las relaciones de dominación, con los cadáveres de las generaciones muertas que pesan como una pesadilla sobre el cerebro de los vivos.

El trabajo que aquí presento, es el trazado de un primer recorrido en el que he podido establecer y analizar algunas particularidades de las jornadas de protesta del 19 y 20 en la Provincia de Mendoza; los procesos organizativos a los que dieron origen; definir

algunas características de los sujetos que protagonizaron el proceso; además de reflexionar sobre las dificultades y obstáculos encontradas en ese transcurso. Me he centrado en la reconstrucción de una experiencia particular, la conformación de un taller productivo ubicado en el Departamento de Las Heras hacia finales del 2001 y principios del 2002. A partir de esta experiencia he podido señalar algunos puntos de ruptura y líneas de continuidad respecto de tradiciones políticas y organizativas; y también, constatar la obstinada complejidad de los vínculos que existen entre el pasado y el presente: dar cuenta de la profunda dificultad de los sectores populares para articular un relato propio.

El trabajo está estructurado en dos partes. La primera, corresponde a la reconstrucción de la experiencia del taller de calzados *Huellas*. El primer apartado, constituye el momento de *ruptura*, aquel de organización y constitución del sujeto político cuya autoafirmación pública rompe con la pasividad anterior y abre perspectivas de otro futuro. En el segundo apartado, de las *continuidades*, analizo las condiciones reales y desiguales sobre las que este sujeto intenta llevar adelante su proyecto político. Específicamente, a partir de reflexionar sobre algunas dificultades encontradas durante la experiencia productiva, intento contextualizar las condiciones históricas heredadas por los sujetos (sociedad de mercado, estado neoliberal, etc.); analizando los límites y presiones que éstas ejercen, así como también, las limitaciones que encontraron al enfrentarlas (desarticulación del campo popular, debilidad de las redes “realmente existentes”). En el tercero, a partir de una crítica a la división entre trabajo manual e intelectual, señalo los límites que ésta impone a la horizontalidad como forma de organización social.

En la segunda parte, desarrollo algunas cuestiones conceptuales para el debate político. El primer apartado refiere a las conflictivas relaciones que han establecido los movimientos sociales y el estado: relaciones de demanda y de reconocimiento; en el segundo, abordo el asunto de las relaciones entre pasado y presente desde el punto de vista de la dificultad que tienen los sectores populares para establecer un relato propio entre las temporalidades.

Interpretar las jornadas de diciembre como un punto de inflexión en la vida política del país, no significa entenderlas como un quiebre que se produce de manera instantánea y definitiva. Por ello, al hablar del 19 y 20 de diciembre de 2001, no quiero referirme exclusivamente a los sucesos que ocurrieron durante esos dos días; sino atender a un momento histórico en el que se pone de manifiesto una politicidad y que por ello permite observar las tensiones y contradicciones entre el pasado y el presente, las continuidades que mantiene y las rupturas que plantea: un momento histórico que a la vez que presenta nuevas posibilidades y formas de transformación, muestra que éstas se intentan sobre viejas condiciones políticas y estructurales que se conservan e imponen límites y presiones que los sujetos deberán vencer o aprovechar. Me propongo mantener un criterio interpretativo sostenido en una perspectiva dialéctica, pues se necesita, creo, y en esto se ha concentrado mi vigilancia epistemológica, producir un conocimiento capaz de incorporar las tensiones y contradicciones propias de toda experiencia social, en el registro cuidadoso de las distancias y proximidades entre la experiencia personal y lo que revela el trabajo de campo; evitando caer en la tentación idealista de proyectar sobre los procesos sociales ideas abstractas, como si éstos no fueran otra cosa que la realización de esas ideas.

Posiciones: el debate acerca del “19 y 20”

La cercanía de los acontecimientos y la escasa producción teórica que sobre ellos se ha realizado obliga a imprimir a este trabajo un carácter exploratorio. El punto de partida es

el establecimiento de los ejes del debate y las opiniones más importantes que sobre el significado del “19 y 20” circulan en ámbitos políticos y académicos. La mayor parte de la bibliografía ha sido producida en el Gran Buenos Aires y Capital Federal por lo que las interpretaciones hacen referencia a los sucesos tal cual ocurrieron en dicha región. Este es un obstáculo que se tendrá en cuenta a la hora de importar categorías y análisis a la situación provincial.

La revisión de la bibliografía existente permitió advertir diversas opiniones y posiciones políticas que atribuyen un significado y un valor muy diferente a las jornadas de diciembre. Existe una enorme diversidad de puntos de vista y aún permanece en disputa el debate ideológico sobre el carácter histórico-político de dichas jornadas. No obstante esta diversidad, he intentado encontrar algún eje conceptual que, sin eliminar los matices, permita hacer un reagrupamiento de las posiciones.

Creo que se puede establecer un punto de diferenciación entre la posición de quienes (*grosso modo*) observan una continuidad entre esta y otras protestas, por lo cual mantienen los esquemas conceptuales clásicos para interpretar y evaluar las movilizaciones populares: estos contienen las acciones y tareas que se deberán llevar a cabo para aprovechar al máximo las posibilidades revolucionarias que la movilización popular conlleva; y quienes, por el contrario, entienden que las problemáticas sobre las que se constituyen las protestas sociales hoy son ‘radicalmente’ diferentes, e intentan visualizar lo que tienen de novedoso a fin de aprovechar las nuevas ‘potencialidades’. Soy consciente que esta clasificación que realicé (sobre la base de los intereses cognitivos que impulsan este trabajo: la relación entre pasado y presente) simplifica de manera forzosa la densidad y complejidad del campo político y académico.

Como indica Blas de Santos, dos actitudes opuestas se disputan el sentido del “19 y 20”. Una, ve en el fracaso de la Alianza la marcha inexorable hacia el socialismo; la otra, ve lo sucedido como algo totalmente inédito que confirma la profecía que venía presagiando: ‘el debut de la forma multitud actuando el acontecimiento sin libreto’. Sobre esta suerte de encrucijada entre la total continuidad, o la radical ruptura, Blas de Santos señala una raíz común: “confiar sus certezas a una realidad producto de visiones parciales, evidentes solo cuando se la toma como razón de verdad total” (de Santos, 2004: 21). De Santos afirma que las conclusiones apresuradas a las que arriba cada una de estas visiones, no les permite más que incidencias efímeras sobre una realidad que persiste en ignorarlas. Y el problema no es tanto haber incurrido en el error de llegar a esas conclusiones, sino en negarse a revisar las propias afirmaciones y a carearlas con la realidad, ya que esto les plantearía “el problema de explicar cómo el “caos” y la “negatividad” –la lucha callejera y el descrédito de lo establecido- [...] fueron el terreno fértil para la recomposición de la estabilidad social sobre la eterna base de mayor concentración de capital y extracción de plusvalía (devaluación y el disciplinamiento de la fuerza de trabajo ‘gracias’ al achicamiento de los salarios y la extensión de la jornada laboral)” (de Santos, 2004: 21).

Desde mi punto de vista las discusiones suscitadas sobre el 19 y 20 pueden ser ordenadas a partir de la delimitación de dos momentos diferentes. Un *primer* momento es el que tiene lugar en un tiempo inmediatamente posterior a las jornadas de diciembre y durante el auge de participación y movilización que caracterizó el final del 2001 y el año 2002: momentos signados por la mayor fortaleza del movimiento piquetero, la masividad de los cacerolazos, el surgimiento del movimiento asambleario, etc. Durante esta etapa, las producciones en el ámbito académico se empeñaron en señalar la radicalidad política de los sucesos de diciembre, las características novedosas de los sujetos implicados, de sus formas

organizativas, etc. Luego, en un *segundo* momento, a comienzos de 2003, el debate (ya ‘menos optimista’ ante el decaimiento del poder de movilización, la progresiva desaparición del movimiento asambleario, la puesta en práctica del proceso de reconstrucción hegemónica de Kirchner, etc.) gira en torno de reflexiones sobre la experiencia que atienden a los obstáculos y limitaciones que, a dos años de los acontecimientos, comenzaron a hacerse visibles al interior de estos movimientos y organizaciones. Por otra parte, a partir de la realización del trabajo de campo, he podido advertir que estos dos momentos en el debate guardan cierta relación con “estados de ánimo” encontrados en el seno de los movimientos sociales. En términos generales, se puede observar en los movimientos sociales una vivencia cercana a la omnipotencia a partir de las jornadas de diciembre, producto de las experiencias de organización y lucha colectiva y de las victorias y los éxitos parciales de las jornadas callejeras; para ir luego decayendo progresivamente a medida que aparecían dificultades y obstáculos todavía infranqueables para estos movimientos en la lucha por llevar adelante sus respectivos proyectos de transformación social. He estructurado el relato en los próximos apartados teniendo en cuenta estos dos momentos.

Notas sobre el campo

El Taller de Calzados *Huellas* se conforma a principios del año 2002. Los orígenes del grupo se remontan a las jornadas de protesta que desembocaron en el “19 y 20 de diciembre” del año 2001. La experiencia tiene lugar geográficamente en el Barrio COVICUYO situado en el Departamento de Las Heras, en el Gran Mendoza. Se trata de un barrio pobre de “vivienda social”, construido por el Instituto Provincial de la Vivienda del Gobierno de Mendoza en la periferia de la ciudad. Desocupación, falta de dinero para el consumo mínimo diario, hacinamiento, incertidumbre cotidiana, imposibilidad de proyecciones a futuro, violencia en éstas y en el resto de las formas (in)imaginables son parte de las “características” que definen a la zona: en lo que sigue veremos la existencia de otras muy diferentes.

La reconstrucción que aquí presento es el resultado de una compleja experiencia personal de trabajo de campo; en la cual se entrecruzan, de manera particular, múltiples fuentes de datos. La complejidad de esta articulación posibilitó obtener una lectura *densa* de la experiencia social, en la cual se articula el modo como los sujetos perciben el mundo y la manera en que éste se encarna en sus pieles y cerebros. Mi entrada al campo se inicia a principios de 2003 durante el período de “observación participante” que llevé a cabo en el taller y que se extendió durante dos años. Mi participación estuvo centrada en los aportes que desde mi profesión se pudieran realizar en lo referido a cuestiones de organización y autogestión. Este vínculo me proporcionó un conocimiento previo, que resultó significativo para el desarrollo posterior de la investigación, a la vez que garantizó una entrada al campo sin dificultades y el conocimiento y contacto con los informantes clave y con los futuros entrevistados.

El taller de calzados se conforma a principios del 2002 y hacia finales de ese año se encontraba en ‘pleno’ funcionamiento. Hasta mediados del año 2003, se extiende la *primera etapa* del taller, aquella de auge productivo y consolidación grupal. Durante esta primera etapa, cercana a la experiencia de lucha y de auge, los actores vivencian la experiencia con una fuerte confianza y perspectiva de futuro. Para acceder a la percepción que los actores sociales tienen sobre esta etapa del taller, realicé una reinterpretación de datos secundarios, incorporando una investigación académica anterior (2).

Luego de dos años de trabajo aparecen al interior de la organización importantes conflictos grupales que producen la fractura del taller. Una de las partes (los “capacitadores”) se quedan con las máquinas y la totalidad del material de trabajo. Este hecho produce desesperación y frustración en todos los miembros del grupo. Por ello la representación que tienen en la actualidad sobre la experiencia está marcada por este último suceso; es decir, constituye un momento de quiebre en la forma como es vivenciada y significada la experiencia del taller. La aparición de este conflicto interno marca fuertemente la visión sobre la *totalidad* de la experiencia, no sólo en lo que se refiere al conflicto por las máquinas, sino a todo lo transitado por el grupo: se produce una reestructuración de los vínculos entre pasado-presente y futuro a partir del estado de anímico actual, donde predomina la sensación de “fracaso grupal”. En este contexto, realizo una nueva recolección de datos a partir de entrevistas en profundidad a miembros del taller (tanto a aquellos que ya no participan de la experiencia como a actuales miembros) que me permite un acercamiento a los significados que atribuyen los sujetos a estos ulteriores acontecimientos.

Reconstrucción de una experiencia: rupturas y continuidades

Ruptura. El taller de calzado Huellas: la constitución de un nosotr@s

“En realidad, esto es de cacerolazo a fabricación de alpargatas hoy en día, después de un año vemos los resultados que todos nosotros quisiéramos”
(Entrevista a Silvia, 2003)

Durante los días previos al 19 y 20 se realizaron en algunas localidades de Mendoza una serie de saqueos a supermercados. Los primeros registros de las crónicas de los diarios locales corresponden al día 13 de diciembre de 2001: se trata de supermercados locales ubicados en los departamentos de Guaymallén y Las Heras, zonas de asentamiento de sectores populares.

Ahora bien, ¿cuáles son los factores que motivaron estos saqueos que forman parte de los procesos político-sociales de las jornadas de protesta de diciembre?

Muchos son los autores que definen la crisis del 2001 como una crisis de hegemonía neoliberal, es decir, una crisis del régimen político instaurado a partir del golpe militar de 1976. Incluso antes de diciembre, algunos economistas anticipaban la crisis del modelo. Tal es el caso de Claudio Lozano, quien afirmaba que “es imposible pensar en la Argentina sin definir la crisis actual como una crisis de régimen, cuyos cimientos fueron plasmados en 1976 y cuyos rasgos se consolidaron durante la década menemista y se perpetúan hasta el gobierno actual. [...] cuya característica principal es la valorización financiera y la transferencia de recursos hacia el exterior (Lozano, 2001: 5). Así, diciembre del 2001 vendría a marcar el colapso del régimen económico, social y político forjado en la década de los noventa por el menemismo. “Estas jornadas –signadas por un intenso y renovado protagonismo popular- expresarán la irrupción de la protesta social en la arena del poder, proyectando su cuestionamiento al ámbito de la dominación política y señalando la apertura de una crisis de hegemonía del modelo neoliberal implantado en la Argentina desde mediados de la década del setenta” (Seoane, 2002: 37).

En efecto, estos mismos factores son reconocidos por los propios actores. La totalidad de los entrevistados vincula el origen de su organización con la crisis económica

de fines de 2001; específicamente, con el problema de la desocupación. “Esto comenzó a raíz de la situación económica que estábamos pasando el año pasado que se formó primeramente por los saqueos que habían de los supermercados, un grupo de chicas en el barrio se juntaron para, las madres no tenían qué darles de comer a sus hijos, querían hacer un saqueo en el supermercado...” (Entrevista Gladis, 2003).

Se podría agregar, al problema de la desocupación, los inconvenientes ocasionados por la precarización de las condiciones del trabajo. Muchos de los entrevistados se encontraban hacia fines del 2001 alternando entre desocupación y angustiantes experiencias laborales: sueldos miserables, falta de pago, largas jornadas y malas condiciones de trabajo, etc. Gladis cuenta la experiencia de su último trabajo de la siguiente manera: “pero ya en el último trabajo donde fui cocinera no había nada. No había absolutamente ninguna ley para ellos, la ley era eso: ellos imponían las horas de trabajo y este...no, ni jubilación, ni vacaciones, ni horas extras, nada. O sea, era un trabajo como ellos querían nada más; si lo querés, te quedas. Si no, te vés. Y como no había otra cosa yo aguanté, aguanté todo lo que más pude pero realmente ya a lo ultimo era insostenible” (Entrevista a Gladis, 2003).

La forma en que Gladis relata cómo vivió su última experiencia laboral nos puede indicar otro aspecto constitutivo de las motivaciones que impulsaron las jornadas de protesta de diciembre de 2001. Me refiero al desplazamiento de sentido que se produce entre el hecho de ‘aguantar y aguantar’ una situación determinada hasta el ‘último’ momento -aquel en que comienza a ser sentida como ‘insostenible’- y el momento posterior, en el que es posible pensar una ‘salida’ de la situación. Es decir, no fueron solo los factores económicos (expresados en *índices*) los que sustentaron las acciones populares que se pusieron en movimiento durante esos días, sino que también pesó la forma en que dichas condiciones fueron percibida por los *agentes* sociales. Más adelante, Gladis termina de explicarse: “En el último lugar que yo estuve, no había apoyo de nadie, estaba sola, peleando para que me pagaran; ni siquiera el aguinaldo me pagaban. *Entonces digo yo, ¿cómo puede ser que las autoridades no hagan nada contra esto? ¿Cómo puede ser que la gente se abuse de esa manera?* Siendo que uno cumple con el trabajo y todo serio; yo no, *tienen razón las compañeras, hay que salir a luchar, es la única manera de que nos escuchen [...] porque yo me he sentido explotada*” (Entrevista Gladis, 2003). Junto a sus compañeras, Gladis, en aquel mes de diciembre se comienza a preguntar por la realidad que vive, comienza a cuestionar la *naturalidad* con la que se la vive, y encuentra luego una única manera de hacer algo: ‘salir a luchar’.

Pero, ¿qué hacer? Durante los primeros días esta pregunta permanece con algunas respuestas más bien vagas, poco precisas: ‘buscar una salida’, ‘la manera de hacer algo’, ‘hacer que te escuchen’. Es que la lucha aún se encontraba muy cercana a la desesperación. Sin embargo, se trataba de una desesperación que no inmovilizaba, sino que por el contrario, las puso en movimiento en la búsqueda de esa ‘salida’ aún no definida pero que comenzaba a asomar. Si bien Silvia (en el epígrafe) identifica posteriormente una casi *transparente* continuidad entre cacerolazo y taller, el recorrido que las llevó de uno a otro no fue inmediato ni recto, sino que fue producto de una intensa búsqueda colectiva, construida día a día a partir de la experiencia de lucha y en la cual, hasta el último momento estuvieron presentes fuertes contradicciones y ambigüedades.

Al inicio, dice Gladis: “Estando ahí en la casa de mi hija, mi hija conocía a unas chicas que...de ahí del barrio y le comentaron que iba a haber una reunión de mujeres [...] por la situación que se estaba viviendo en ese momento en el país que habían saqueos, no

había trabajo, la gente estaba muy desilusionada” (Entrevista a Gladis, 2005). Lo primero que deciden hacer es ‘juntarse’, ‘reunirse’ entre personas ‘en la misma situación’.

La ‘fisonomía’ del sujeto que se va conformando en esta experiencia aparece configurada de una manera bien delimitada: mujeres, madres y desempleadas. “Se formó a través de un grupo de madres que estábamos desempleadas, la mayoría somos madres jefas de hogar, somos separadas o solteras con chicos a cargo y estábamos desempleadas y bueno decidimos juntarnos...” (Entrevista a Alejandra, 2003). A esta fuerte vinculación entre ‘mujer’ y ‘madre’ se le va a articular con el tiempo el carácter de ‘luchadoras’, expresado posteriormente en el nombre que adquiere el grupo: “*Madres Luchadoras*”. En la primera reunión que realizan participa un grupo pequeño de mujeres que comienza a discutir cuál puede ser esa posible ‘salida’ de la crisis.

La primera idea que surge es la posibilidad de realizar un saqueo a un supermercado de la zona. Sin embargo, en la actualidad, tal vez debido a la condena social que pesa sobre este tipo de acción colectiva, ninguno de los entrevistados se hace directamente partícipe de la medida: ‘a mi me contaron’, ‘lo veía por televisión’, ‘la idea la tiró fulanita’, ‘yo no se nada de eso’. En este sentido, el relato sobre el saqueo contiene cierta ambigüedad, ya que a la vez que es un punto de referencia común de todos los y las entrevistados/as sobre el origen de la organización, es también objeto de crítica y enjuiciamiento negativo por parte de todos y todas. La propuesta del saqueo es rápidamente desechada bajo el argumento de que se trata de “pan para hoy y hambre para mañana”.

No obstante, deciden comenzar a reunirse dos veces por semana en la casa de una de las vecinas del barrio que ‘disponía de una casa grande, con comodidades’. La forma de convocatoria fue el ‘de boca en boca’. Víctor lo define como “el famoso comentario de barrio: se enteraba la vecina, la vecina le contaba a ella, ella a lo mejor le contaba a la otra, la otra se encargaba de...y así” (Entrevista a Víctor, 2005). ¿Qué se hablaba en esas reuniones? “Más que nada la situación en la que estaba cada una, lo que estábamos haciendo, qué nos parecía de qué cosas podíamos pedir, de que si hacíamos alguna marcha, si teníamos amigas que pudieran ir a las reuniones para juntarnos. Este tipo de cosas se hablaban” (Entrevista a Gladis, 2005).

Es entonces cuando comienzan a evaluar la posibilidad de hacer una marcha hacia la Municipalidad para pedir un subsidio o planes jefes/as de hogar (3) que en ese momento comenzaban a implementarse a nivel nacional: pan para mañana? La lucha por el plan social es sumamente contradictoria, pues “el plan” lleva consigo una peligrosa ambigüedad: moverse con un instrumento del gobierno/del estado utilizado a menudo como moneda de cambio para la cooptación y contención de la protesta social; pero también, contar con una herramienta a menudo usada por los sectores populares como puntapié inicial para la construcción de proyectos productivos autónomos y autogestionados.

En este momento de la lucha, la mayoría de las personas que se acercan a las reuniones tienen por inquietud *recibir* la *ayuda* del plan social: “porque era tanta la crisis en esta localidad que *la única salida que estaba quedando para la gente era el famoso plan jefe y jefa de hogar*. Que creo que por eso yo más que nada me inscribí en el microemprendimiento. *Sin saber siquiera lo que estaba por hacer*, que era la fábrica de calzado” (Entrevista a Silvia, 2005).

Nada es tan nítido en realidad: diferentes objetivos y proyectos motivaron, aún a la misma persona, en diferentes momentos de la lucha. Los cambios, los pasajes entre la sumisión y la ruptura fueron progresivos, ligados al intercambio y la experiencia de organización entre compañeras, así como también al enfrentamiento con las autoridades (en

este caso municipales). Al comienzo entonces se trataba de la lucha por el plan social visto como ‘la única’ salida posible de la crisis, una motivación para ‘pasar el momento’ sin siquiera concebir lo que se estaba gestando.

Sin embargo, la alternativa se perfiló cuando se amalgamó el proceso colectivo y el requisito obligatorio del plan: la realización de una contraprestación. Esto promovió otro tipo de discusión, una en la cual el grupo se pudiera empezar a proyectar con vistas hacia el futuro. “Eh, la inquietud nació por el tema este de los planes jefas y jefes. Había que hacer unas contraprestaciones, eh...las contraprestaciones que había disponible en el momento eran barrer calles, cosas que no tenían mucho... futuro diría yo. No es que sea denigrante el trabajo sino que no era lo que yo realmente quería” (Entrevista a Víctor, 2005). Y en estas reuniones de vecinas “se fue gestando la idea del taller. Porque se largaron varias ideas [...] Pero a todas nos pareció que lo mejor era el calzado, porque generaba una fuente de trabajo. Que era lo que realmente necesitábamos, una fuente de trabajo” (Entrevista a Gladis, 2005). De esta manera, la idea del taller paulatinamente fue tomando forma a partir de la rearticulación de la lucha por el plan con el deseo de una fuente de trabajo y la posibilidad de proyectarse a futuro organizando un ‘taller propio’.

En enero de 2002, el grupo decide hacer una marcha hacia la Municipalidad de Las Heras para llevar un ‘petitorio’: se pedían planes trabajar para todo el grupo de mujeres (que en ese momento sumaban unas cincuenta). Cuando el grupo llega a la Municipalidad la intendenta no las quiere recibir, entonces deciden, colectivamente, poner una *carpa* frente a la Municipalidad. Esta nueva medida de “fuerza” impone nuevas exigencias organizativas: “entonces ya empezaron a pedir carpas, a ver quién tenía carpa, quién se podía quedar, qué horario íbamos a hacer, cómo íbamos a hacer con la cuestión de la seguridad. [...] Y bueno, y eso organizamos” (Entrevista a Gladis, 2005). La carpa se sostuvo durante un mes y sirvió como instancia de organización y participación. Durante ese mes se fueron sumando más personas, la mayoría mujeres, aunque también comenzaron a vincularse algunos varones.

Esta participación mayoritaria de mujeres imprimió otra característica a la experiencia: la participación de los niños y la familia en todo el proceso de organización. En todo momento las madres incluyen a sus niños como parte del proceso organizativo. “Te explico que la mayoría desde la carpa... salíamos con niños y todo, o sea que ellos también tienen mucha parte en nuestra lucha [...] o sea que no es una lucha solamente nuestra, sino que es de nuestro grupo familiar” (Entrevista a Alejandra, 2003). “Por lo general lo llevo conmigo, entonces él también es parte del proyecto, él también se siente dueño, él también se siente dueño, es socio, también vende, también ofrece y explica que es fabricación nuestra, a pesar que tiene 7 años, o sea está concientizado que lo que nosotros estamos haciendo es por el futuro [...]” (Entrevista a Silvia, 2003).

Finalmente, las autoridades accedieron a dar cincuenta planes jefes/as de hogar. Pero para entonces el grupo ya sumaba algo más de cien personas. Analizando el contexto de movilización a nivel nacional, el grupo consideró que era posible que el gobierno ampliara los planes a la totalidad de las integrantes. En efecto, luego de negociaciones, el gobierno accede a entregar los cien planes y además provee del espacio físico para que funcione el taller: el grupo de personas que venía llevando a cabo desde hacía unos meses un intenso proceso de organización y movilización sale de esta experiencia callejera victorioso.

Esta *experiencia*, de lucha y de victoria, produjo un substancial aprendizaje: concebirse como sujetos de poder a partir de la afirmación de las propias capacidades.

Cuando le pregunto a Gladis qué piensa de ese momento de movilización, responde: “Y se empezaron a dar cuenta de que uniéndose, esteee...haciendo grandes movilizaciones el gobierno se movía [...] me pareció una movilización muy importante porque el pueblo se empezó a dar cuenta que realmente...podía, podía hacer cosas...” (Entrevista de Gladis, 2005). Por su parte, Alejandra apunta en la misma dirección, “[...] no es cuestión de quedarse con los brazos cruzados pidiéndole a los políticos que nos tiren una limosna, eh... somos personas que a pesar de tener mas de treinta años algunos, la mayoría, somos personas jóvenes, que podemos valernos por nosotros mismos y queremos que los logros sean fruto de nuestro esfuerzo [...] también es una cuestión también de un poquito de dignidad y que creo que va por el lado de la dignidad” (Entrevista a Alejandra, 2003).

Como parte del aprendizaje y de su vivencia, esta autoafirmación como sujetos capaces va transformando una identidad centrada en el desempleo y la crisis a otra ligada fuertemente a la experiencia de lucha y a la posibilidad de otro futuro, uno de trabajo y dignidad. Alejandra define de la siguiente manera la identidad grupal de este período: “¿Cómo nos definimos nosotros? Como luchadores, porque tenemos que seguir luchando. En mi caso mi vida desde aquí a hace un año atrás cambió, dio un giro de 180 grados, mi vida personal, y todo, todos, a partir de ahí yo me aboqué a esto, yo no tenía trabajo, tengo tres hijas y por lo menos tuve la posibilidad de salir a la calle, pelear, reclamar por lo mío, o sea que creo que somos un grupo de luchadores” (Entrevista a Alejandra, 2003).

Esta “sensación” de triunfo contagió de alegría y optimismo a la totalidad del grupo, de tal forma que ni el primer desprendimiento importante que sufrieron en el momento en que reciben los planes iniciales (ocasionado por aquellas personas que se retiraron debido a que no les interesaba en absoluto el proyecto de taller) logró frenar el estado de ánimo alcanzado. La mirada estaba puesta en el futuro: “Claro, o sea la expectativa en ese momento yo de no saber nada y que bueno, que se me pusieran delante de mí el aprender un montón de cosas que yo no estoy...que no estoy capacitada para hacerla y que vea que tengo la posibilidad de hacerlo...para mí, fue una gran salida me entendés. Entonces bueno, con miras al futuro!” (Entrevista a Silvia, 2005).

En este contexto de expectativas comienzan a organizarse en función de la conformación del taller de calzados. El primer objetivo que se proponen es la capacitación de todo el grupo. Para esta tarea, tres personas del mismo grupo que conocían el proceso de armado del calzado asumen el rol de capacitadores del resto. ‘Hasta que un buen día salió la primera alpargata’. El primer calzado fabricado simbolizó que las expectativas que se habían creado no eran meras fantasías, el proyecto era posible: “Nosotros pensábamos que nunca, yo en mi caso personal, nunca iba a llegar a hacer una cosa así, o parecida! Y resulta que al final, la estaba haciendo yo, con mis propias manos viste: marcando, cortando, cosiendo...” (Entrevista a Silvia, 2005).

Este primer período, que va de los intentos de saqueo a la conformación de un taller productivo, tiene como eje principal la configuración de un *nosotr@s* en un contexto de extrema necesidad. La irrupción en el espacio público del sujeto colectivo (cuya identidad va transformándose a través de la experiencia de lucha y de los procesos organizativos que ésta le exige) parte de la angustia que origina la incertidumbre laboral diaria, ese ‘estado de emergencia’ convertido desde hace años en regla. El quiebre se produce durante los saqueos, motivados por la desesperación de no poder alimentar a los hijo/as, que dan inicio a una compleja búsqueda colectiva de una fuente de trabajo. La vinculación entre crisis económica (desempleo) y taller productivo (trabajo digno) se encuentra mediada por el período de reuniones, movilizaciones y carpa.

Se trata de un momento de *ruptura* respecto de la desesperanza y la indiferencia política de años anteriores: momento de autoafirmación de las propias capacidades y de creación de nuevas expectativas a futuro. La afirmación de la propia identidad y los triunfos obtenidos se ponen de manifiesto en el reconocimiento del Otro: de la familia, de los vecinos y de la sociedad. “Y bueno, yo me siento satisfecha....que tengo lugar en esta sociedad, que [...] todos tienen confianza en mí y entonces eso me hace sentir muy bien, porque siento que sirvo para algo, no estoy en vano en esta vida [...]” (Entrevista a Gladis, 2003). “[...] mis vecinos, mis parientes me ven diferente, ya no soy la cuidadora de niños, la planchadora [...] sin desmerecer el trabajo por supuesto, pero ya me ven como otra cosa, incluso mis hijos, aparte que me siento, *yo misma me siento ya otra cosa, otra persona, con otro futuro*, me siento como quien dice realizada” (Entrevista a Silvia, 2003). A través del encuentro con el otro (aquella vecina/o en la misma situación) van configurando una identidad colectiva que cuestiona el presente y por ello trastoca la experiencia de la temporalidad: interroga al pasado y abre la posibilidad de imaginar otro futuro (4).

Continuidades: sobre la densidad de la experiencia

“Los hombres hacen su propia historia, pero no lo hacen a su libre arbitrio, en circunstancias elegidas por ellos mismos, sino en aquellas circunstancias con las que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”
(Karl Marx, El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte)

Como decía en el apartado anterior, los comienzos del taller estuvieron marcados por el optimismo y la confianza en el futuro, una confianza que se apoyó en el reconocimiento de las propias capacidades como sujetos puestas a prueba a partir de los logros organizativos alcanzados. A partir de estos logros fue posible levantar la mirada y ampliar los límites de visibilidad del propio horizonte vital y social. La seguridad que se iba tomando en la experiencia hacía que los sujetos vivenciaran todo el proceso a partir de una sensación de omnipotencia respecto del futuro. Dicha sensación les permitió construir una imagen del contexto que suponía estar llevando a cabo su experiencia en un tiempo y un espacio ‘vacío y homogéneo’. Una idea del tiempo lineal donde pareciera que solo bastaba proponerse algo para conseguirlo: querer es poder.

Para repensar este supuesto creo que puede ser útil la idea expresada por Marx en *El dieciocho Brumario*, ya que dicha frase llena las dimensiones espacio-temporales en las cuales transcurre la experiencia; y lo hace con un contenido preciso: condiciones no elegidas, reales (no ideales) y desiguales (5). Esta idea de Marx puede proporcionar una clave interpretativa de los procesos surgidos de las jornadas de diciembre; al menos, aquella que interesa en este trabajo, las tensiones entre el pasado y el presente (de las cuales en gran medida depende el futuro): las tensiones entre los límites y presiones que heredamos del pasado y las expectativas creadas en el presente. A la manera de Marx, podemos entonces afirmar que los hombres y mujeres se organizan para llevar adelante sus proyectos, pero no lo hacen en condiciones ideales, sino en circunstancias no elegidas por ellos.

Definir en qué medida los sujetos podrán vencer o no en el futuro dichas circunstancias escapa a esta investigación, pues sólo la lucha definirá el futuro. Más modestamente me propongo indagar sobre las condiciones reales de organización sobre las que se hizo efectiva la experiencia del taller de calzados visualizando las tensiones

originadas entre el umbral de expectativas alcanzado hacia los inicios y los obstáculos encontrados hacia finales del 2005.

Micro-emprendimientos o macro-desafíos

En los comienzos del taller las expectativas generales del grupo estaban vinculadas a la posibilidad de tener un trabajo. Finalizar la capacitación y poner en funcionamiento el taller produjo “Una satisfacción enorme de ver que un inmenso grupo de gente todas sin trabajo, todas en las mismas condiciones más, tuvieran ganas de emprender algo y de ser algo. Todos viste teníamos muchas esperanzas” (Entrevista a Silvia, 2005). De una manera similar, Gladis, cuenta su experiencia: “Creíamos todas o la mayoría, de que íbamos a tener un trabajo. Un lugar a donde...*más que nada nos pensábamos que era fácil hacerlo porque de primera veíamos que se podía hacer*” (Entrevista a Gladis, 2005).

Sin embargo, Gladis continúa su relato advirtiendo el primer gran obstáculo con el que se toparon: “Lo que no contábamos que lo más difícil de todo esto era la venta, la venta es lo más difícil de esto. Entonces, cuando empezaron a salir las primeras invitaciones que nos hacían de distintos lugares para presentar nuestras cosas para salir a vender y de repente no teníamos la suficiente cantidad de cosas y que íbamos con poquito y que a lo mejor no era tan bonito...y estábamos los días enteros con las cosas expuesta ahí y decían “hay que bonito pero nadie compraba nada” era como...como que te venía el espíritu abajo” (Entrevista a Gladis, 2005). La venta es la primera instancia donde encuentra un freno aquel optimismo de la primera hora del taller. Es el momento donde se ponen de manifiesto las condiciones desiguales, condiciones que ‘fijan límites’ a las posibilidades de acción que tiene el sujeto. Y sentir estos límites, ‘bajaba el espíritu’.

En el mercado compiten los diferentes productores ofreciendo sus productos. Sin embargo, estos productores no se enfrentan en igualdad de condiciones. Aún en una coyuntura ‘favorable’ (donde debido a una reciente devaluación monetaria se había puesto freno a productos importados y donde el ‘costo’ de la mano de obra se encontraba *parcialmente* subsidiado a través del plan jefe/a de hogar) las condiciones de mercado continuaban siendo desfavorables para estos emprendimientos.

Aunque estas dificultades son advertidas por los sujetos al final de todo el proceso productivo, fundamentalmente en el momento de la venta; en verdad, se puede releer toda la historia del taller rastreando estas condiciones reales y desfavorables sobre las que se conformó. Sólo que gran parte de ellas aparecen en los relatos de los/las entrevistados/as de forma *fragmentada*. Es decir, la mayoría de las veces estas circunstancias son vividas y percibidas por los sujetos como cuestiones ‘personales’.

La totalidad de los y las entrevistadas al momento de definir su situación personal a fines del 2001 mencionan como parte de la crisis que estaban sufriendo ‘*problemas personales*’ o ‘*familiares*’ que les generaba una gran angustia y preocupación: problemas de violencia familiar, separaciones, adicciones, dificultades de salud, etc. Estos problemas, considerados como “personales” confluyen sobre las posibilidades reales de organización: de manera negativa, restando tiempo de dedicación y energías dispuestas en ese objetivo; de manera positiva, imprimiendo muchas de las veces a la participación una impronta ligada a la necesidad personal de compartir, un investimento diferente del vinculado exclusivamente con las tareas operativas.

Le pregunto a Erica qué es lo que le gustó del taller en el momento en que comenzó a participar, ella responde: “Sí, sí, me distraía, viste que después de los problemas que había tenido...era una distracción, era un lugar tranquilo donde había mucha gente con

problemas parecidos a los tuyos. [¿qué tipo de problemas?] Eh familiares, problemas de a lo mejor económicos, que se yo personales [...] Si, me sentía contenida porque había mucha gente grande que...me hablaban de que la situación iba a pasar, de que iba a funcionar. Me llevaba más que nada el entusiasmo” (Entrevista a Erica, 2005). Entonces, encontrar un lugar ‘tranquilo’, que te ‘distraiga’ de los problemas ‘personales’, la posibilidad de intercambiar experiencias con gente en situaciones similares a la tuya, permitió satisfacer una necesidad que se la puede llamar de ‘contención’, que es específicamente *afectiva*. Ésta, fue una de las necesidades a partir de las cuales las personas se acercaron y desde las cuales iniciaron su participación. A partir de estas necesidades se entretejieron relaciones afectivas como parte constitutiva de las relaciones organizativas y productivas.

Otro aspecto sobre el que se pueden encontrar abundantes relatos respecto de las condiciones de organización es el que se refiere a las *deficiencias técnicas* encontradas durante la etapa de capacitación. En efecto, los testimonios recogidos hacen hincapié en las estrategias que se dieron para capacitarse y organizarse en condiciones no ideales: “Como no teníamos dinero para comprar material y no queríamos arruinar los materiales nuevos, decidimos de que íbamos a traer telas [...] cada una empezó a desarmar los pantalones viejos de la casa y llevamos esas telas y empezamos a hacer primero los moldes, o sea, copiábamos los moldes en cartón [...] Nos turnábamos, porque como teníamos una sola máquina y éramos tantos [...] Cada una traía su tijera, su pinza, o las que tenían traían viste (Entrevista a Gladis, 2005). Las condiciones técnicas sobre las que se trabajaba no determinaron de manera absoluta la experiencia, sino que dependió de la forma como los sujetos asumieron estas condiciones. En este momento, entre todos buscaron la forma de llevar adelante la capacitación. Algo diferente veremos más adelante ante circunstancias similares.

El hecho de que la mayoría fueran mujeres agrega cierta especificidad al análisis de las condiciones de organización: las cuestiones relativas a las *relaciones de género*. Si bien en un primer momento, el hecho de ser mujer vinculado al rol de madre que se le asigna las habilitó a la participación en el terreno político -legitimadas como luchadoras por ser responsables de la vida de sus niños-; posteriormente, el rol de ama de casas les dificultó continuar con su participación. Estas mujeres no dejaron de ser las responsables de la organización y del mantenimiento de sus respectivos hogares: las ‘obligaciones’ domésticas impusieron fuertes restricciones y presiones a las posibilidades de participación: “Pero a ella realmente los tres niños necesitaban mucho de su madre y tuvo que abandonar lamentablemente ella ahora no puede venir [...] hubiera querido seguir pero realmente las exigencias de su familia eran demasiadas” (Entrevista a Gladis, 2003).

En definitiva, estas condiciones sociales, vividas como situaciones y problemas ‘personales’, son parte constitutiva de las condiciones reales en las que estos sujetos intentan organizarse y emprender un taller productivo. Condiciones que los ubica en una considerable desventaja frente a las empresas capitalistas.

El taller se llevó a cabo bajo condiciones en las que el estado había abandonado por completo el rol clásico que mantuvo durante la segunda mitad del siglo XX, desligándose de cualquier responsabilidad de intervención para modificar-equilibrar las desiguales condiciones de competencia. “Surge” así, un mercado “libre” donde los mismos sujetos son quienes deben asumir los costos de las condiciones desfavorables. Esto se manifiesta en nuestro caso y en primer lugar, en el ‘sacrificio’ que significa hacer un aporte de \$50 (de los \$150 que reciben del plan jefe/a) por parte de cada uno/a de los miembros para crear las

condiciones técnicas mínimas de funcionamiento del taller: materias primas, herramientas, máquinas, etc.

“Nos hemos quedado realmente admirados de todas las cosas que se pueden llegar a lograr y lamentablemente no podemos acceder por falta de capital, estamos a la espera a ver si hay algún subsidio de alguien que se anime a colaborar con nosotros, hay muchas promesas pero *hasta acá todo lo hemos bancado, lo hemos puesto nosotros*. Ha sido muy poco lo que nos dio la Municipalidad y con ese mínimo que nos estamos tratando de salir adelante” (Entrevista a Gladis, 2003). Este esfuerzo tiene como motor la esperanza en el futuro, y la confianza que se va creando a partir de la experiencia colectiva de lucha, es decir, el ver a los compañeros que con los mismos problemas e inconvenientes hacen el mismo esfuerzo.

Este ‘asumir los costos’ de la situación y el ‘sacrificio’ que supone la búsqueda del futuro imaginado tiene por momentos un sentido ambiguo y contradictorio. Se trata de la misma ambigüedad que presenta el plan social como expresión de la lucha política. “Sabemos que el sacrificio va a ser corto porque le vemos futuro. Entonces, si no lo elaboramos ahora nosotros que tenemos una mínima ayuda, porque es mínima la ayuda que estamos recibiendo, antes que se nos terminen los planes, si no lo hacemos ahora, nunca más. Porque después, después va a ser como quién dice un castillo sobre arena, en cambio de la otra manera estamos haciendo una base, y comprando lo elemental, que es las máquinas porque acá vinieron muchos ya sea políticos, a ofrecer a prometer y es muy poco lo que se ha cumplido así es que tenemos que hacerlo nosotros y hacer el sacrificio, empezando desde el aporte y sacrificarnos nosotros y a nuestros niños también” (Entrevista a Silvia, 2003). Silvia expresa la necesidad de comenzar a construir ese futuro ahora, a partir de la ‘mínima ayuda’ con la que se cuenta: el plan social, y a la vez señala que la posibilidad de abrir ese futuro depende de lo que hagamos.

Si bien el respeto por la perspectiva de los actores, el registro de sus modos de compromiso y sus expectativas en sus proyectos políticos es necesario, tomar a la letra su mirada puede conducirnos a una mirada *ingenuamente* voluntarista. La posibilidad efectiva de llevar a cabo un proyecto político, sin embargo, no depende de modo exclusivo de las capacidades de los sujetos para asumir a cualquier costo “el sacrificio”, como si nada pesaran las condiciones adversas, los obstáculos y los fracasos, la inercia de los procesos macroeconómicos. El registro de los impedimentos en la subjetividad política suele aparecer cuando, tras el estallido de la revuelta, es preciso trabajar a partir de condiciones dadas, a menudo adversas.

Algunas personas dentro del taller comenzaron a visualizar ese inconveniente: “Claro ya empezábamos a hacer calzado y a su vez buscamos capacitación a nivel nacional para organizarnos...en el marketing en todo ese tipo de cosas para poder salir a vender los calzados. [...] porque sino teníamos que ir a morir a manos de personas que no conocíamos que *estaban mejor preparadas* que nosotros [...] Entonces nosotros queríamos capacitarnos o sea la idea era capacitarse en eso *para enfrentar el mercado*” (Entrevista a Víctor, 2005).

Víctor advierte bien cuál es el problema de ‘enfrentar el mercado’: que es necesario armarse lo suficiente porque de lo contrario se ‘muere’ en manos de los ‘mejor preparados’. Sin embargo, se podría decir que Víctor no cuestiona los fundamentos mismos de la sociedad de mercado pues si bien visualiza el problema, la solución a la que apunta es dar batalla dentro de las mismas reglas del mercado: las estrategias de ‘marketing’. No obstante, aún dentro de estos límites, Víctor continúa su relato señalando cómo la situación macroestructural, las reglas de un mercado capitalista -dentro de las cuales los productores

del taller entraban en condiciones desventajosas- comienza a desgastar la única herramienta con la que contaban: el plan social. “Eh, no vamos a negar que económicamente 150 pesos no son nada. [...] A eso sumale que tenías que dejar 50 en el proyecto y ya 100 pesos no era útil. Y se empieza a gestar el mal humor con el tema de que las ventas no eran satisfactorias a lo que se hacía. [...] Eh y ahí empezó a salir el tema de los problemas porque había compañeras que por ejemplo llegaban a fin de mes y no podían aportar los 50 pesos” (Entrevista a Víctor, 2005).

El sacrificio que asumen en un principio por “el futuro” comienza a ser cada vez más pesado, hasta que encuentra un límite: “Hay compañeros que yo sé positivamente que dejaron de llevarle leche a los hijos para poner los 50 pesos por mes, hasta que el momento dijo...este cinto que nos apretó...no va más y no va más viste” (Entrevista a Víctor, 2005). Llegado a este punto ya no pueden hacer el aporte de los 50 pesos, y es entonces cuando surge otro problema: entre ‘quienes pueden poner y quienes no ponen’. Nos encontramos con las mismas condiciones de más arriba, solo que esta vez los sujetos las asumen de manera diferente. Ya no buscan la solución pensando en el conjunto, sino que lo hacen desde la perspectiva individualista acentuada por los largos años de experiencia neoliberal: “Entonces, ahí empezaron a nacer los problemas. Ya no había flexibilidad con nadie [...] Y se veía que no había intenciones de ayudar al compañero [...] Habíamos formalizado un estatuto donde decíamos, donde votábamos y decíamos que el que no aportaba se quedaba afuera, sin contemplar muchas veces las necesidades que podrían haber tenido. [...] Que era lo que me extrañaba a mí y me extrañó siempre porque si bien queríamos un proyecto, teníamos la necesidad de forjar algo para el futuro nuestro, de nuestra familia, no había porqué ser, o sea, aplicar el egoísmo así: si no podés, no sos más. Yo creo que podría haber sido de otra manera. Había otros caminos para buscar. Habían *apoyos exteriores* que podrían haber entrado, que *nos podrían haber aliviado esa carga*” (Entrevista a Víctor, 2005).

Como bien analiza Víctor, una alternativa política que podría haber aliviado las dificultades de este colectivo hubiera sido la posibilidad de encontrar ‘apoyo exterior’ en otras experiencias organizativas similares, o participar en redes productivas y comerciales alternativas al mercado oficial. Sin embargo, los testimonios sobre este aspecto son contundentes: no se logró consolidar relaciones con otras organizaciones de manera formal y continua. Le pregunto a Gladis si mantenían relaciones con otras organizaciones: “Sí, claro que sí [...] primero empezamos con la Municipalidad [...] Después la misma gente que nos iba conociendo, se iba acercando [...] nos invitaba a distintas reuniones. Después bueno, a raíz de la entrevista que nos hace la televisión, los diarios, nos empiezan a conocer, nos empiezan a llamar, nos empiezan a invitar a distintos eventos. No solamente para ventas, para exhibir, sino también para charlas. Sí, hemos conocido mucha gente, hemos ido a cursos, hemos ido a...” (Entrevista a Gladis, 2005). Como balance de estos encuentros Gladis señala: “Siempre es positivo porque uno aprende, sabe que no estamos solos. Hay muchos que pasan por lo mismo que nosotros, de distintas formas pero queriendo salir adelante, queriendo ver la forma de hacer lo mejor posible en distintos rubros por supuesto” (Entrevista a Gladis, 2005). Es decir, hubo un reconocimiento de la existencia de otras experiencias en situaciones similares a las propias, con los mismos objetivos y parecidas dificultades. Sin embargo, no lograron coordinar esfuerzos. Si bien existieron muchos contactos con otros colectivos y organizaciones no se formalizaron en mecanismos de articulación e intervención concretos.

El grupo que lleva adelante esta experiencia productiva sale victorioso del primer período organizativo, el momento de movilización y lucha callejera iniciado en el contexto de las jornadas de diciembre de 2001. A partir de dicha experiencia se va definiendo su identidad y su proyecto político. Sin embargo, las condiciones políticas, económicas y culturales heredadas no han sido borradas y continúan fijando límites y presiones. Desde un punto de vista estructural, la inflexión marcada por el *Consenso de Washington* produce una reconfiguración de la forma y función del estado a partir de la cual éste deja de intervenir en la reproducción ampliada del capital garantizando el conjunto de los derechos sociales. Desde 1980, con el neoliberalismo como proyecto hegemónico, los costos sociales producidos por el capitalismo se descargan sobre el conjunto de los sectores populares, al interior de los cuales las mujeres se encuentran en posición de clara desventaja. Desde el punto de vista de las condiciones subjetivas, el ciclo encuadrado por el inicio de la dictadura militar, el golpe de mercado de 1989 y los años de menemato, dejaron las marcas de un exacerbado individualismo y competencia.

Luego de las jornadas de diciembre ha habido una transformación y ahora estas circunstancias son asumidas de manera diferente, desde otro lugar: desde el lugar de un sujeto que reafirma sus capacidades políticas y se lanza en busca de sus objetivos. De esa manera enfrenta, con temores pero también con valor y sacrificio, las condiciones desfavorables en las que debe hacerlo, poniendo en juego su capacidad creativa. En el caso particular que estoy analizando, son significativos los logros obtenidos: “Y creo que, que por lo menos acá nuestra dignidad, este...ha salido a flote porque, porque nos sentimos satisfechos con nuestro propio trabajo...” (Entrevista a Gladis, 2003). Pese a ello, la presión que ejercían las condiciones históricas impuso cada vez mayores dificultades. Quizás, la mayor debilidad política -que corresponde al carácter *emergente* de todo el proceso- fue la imposibilidad de lograr formas organizativas de coordinación con otros colectivos y organizaciones sociales a partir de las cuales poder conjugar esfuerzos en la lucha contra estas dificultades.

La división entre trabajo manual y trabajo intelectual: discusiones sobre la horizontalidad

“Así como Marx expone la economía del antagonismo de clases capitalista que se vería modificado si el derecho a la propiedad privada fuese abolido, yo dirijo mi atención a la división entre el trabajo manual y el intelectual, que no es sino uno de los aspectos del antagonismo de clases. Sin embargo, este aspecto del antagonismo no desaparece con la abolición del capital privado, sino que tiene que ser conscientemente eliminado durante el proceso de construcción del socialismo, constituyendo además uno de los criterios que atestiguan el éxito de dicha construcción”

(Alfred Sohn Rethel, Trabajo Manual y trabajo intelectual)

Como he señalado, los momentos inmediatamente posteriores a las jornadas de diciembre fueron propicios en el debate académico para visualizar las características novedosas que presentaron dichas jornadas. En efecto, uno de los aspectos a los que se hizo mayor referencia fueron las formas organizativas que adquirió la protesta. En este punto es importante hacer una distinción. Si bien es correcto afirmar el carácter político que contiene toda organización social, la experiencia que estoy analizando se ubica en el terreno de la producción como lugar de organización y no en un terreno principalmente político (6).

En particular, las características más sobresalientes y novedosas se refieren a los aspectos de autoorganización, horizontalidad, autonomía y articulación en redes. Según Horacio Tarcus, “si algo tuvieron de novedoso los nuevos sujetos sociales emergentes en diciembre del 2001 fue que constituyeron formas de (auto)organización de la sociedad civil [...] todos estos movimientos tienen en común el ser autoconvocados (esto es: no convocados desde ningún comité central), el intentar funcionar con un horizontalismo e incluso con una sensibilidad libertaria reactiva frente a los liderazgos permanentes; en regirse por formas de deliberación colectiva, por organizarse en redes...” (Tarcus, 2004: 34). Sobre el carácter autoconvocado y autoorganizativo que presenta la experiencia del taller he podido indicar algunos rasgos en el primer apartado. En el segundo apartado, he hecho hincapié en la debilidad e impotencia de las redes que se lograron construir, aquellas realmente existentes.

Ahora, quiero centrarme en otra de las características señaladas por estos autores, la *horizontalidad* y los *liderazgos*. Concretamente, propongo reflexionar sobre las dificultades que encontró en este aspecto la experiencia del taller de calzados. Dificultades que se ligan a cierta concepción particular de horizontalidad, y que trataré de problematizar a partir de su vinculación con dos problemáticas: por una parte, algunas *tradiciones políticas* que continúan presentes en la experiencia organizativa; y por la otra, la forma de *división del trabajo* al interior de la organización. Dos elementos que no hicieron más que implicarse y reforzarse mutuamente.

Durante todo el primer período del taller, de lucha callejera y conformación grupal, el colectivo se construyó una imagen de sí mismo en la que predominaba la homogeneidad entre sus miembros y desde la cual se concibió la forma de organización: “Compañeros, somos todos trabajadores, somos todos iguales, nadie manda más, uno colabora con el otro y tratamos de aprender todo lo que más podemos y tratar de solucionar los problemas en conjunto, o sea se hacen reuniones para tomar decisiones y entre todos vemos la mejor manera posible de salir adelante [...]” (Entrevista a Gladis, 2003). De esta manera, el verse cada uno idéntico al otro sustentó una idea de horizontalidad definida según la representación de que todos somos iguales y por ello todos tenemos exactamente las mismas posibilidades de participar: analizar, evaluar, opinar, argumentar, ejecutar, etc. Y esto, entre otras cosas, gracias a que no existen estructuras formales y de contenido explícito que indique lo contrario.

Sin embargo, en un determinado momento, Gladis, continúa su relato dando cuenta de una situación que contradice lo dicho anteriormente, solo que no es reconocido como tal y pasa inadvertido para ella. “Bueno sí, las decisiones por lógica las toma Elizabeth que es la que realmente sabe y la segunda su esposo que también está muy...este o sea sabe bastante de leyes, de cómo se maneja lo que se compra, lo que es venta, los materiales que se pueden llegar a usar o sea, todo pasa por ellos [...]” (Entrevista a Gladis, 2003).

A partir de este relato de Gladis se puede decir que hubo un primer reconocimiento de diferencias (aunque de manera implícita) entre los miembros del taller. Se trató de un reconocimiento de las diversas habilidades que demostraba tener cada uno/a de los/las miembros. Solo que fueron percibidas como inofensivas desde el punto de vista de la horizontalidad grupal, ya que se presentaban con la espontaneidad y naturalidad propia del sentido común: como habilidades y talentos adquiridos a partir de situaciones personales, a través de las experiencias y trayectos recorridos por cada uno. Es a partir de este primer reconocimiento que se comienza a estructurar cierta división del trabajo, que los actores consideraron como una *división natural del trabajo*. Gladis relata cómo se fue dando este

proceso: “Y bueno, en todo eso a medida de que uno va practicando [...] se empezaron a individualizar las distintas habilidades de cada uno. Y bueno, algunas se destacaban en una cosa otras en otra, entonces empezamos a hacer el reparto de tareas, de oficios digamos [...]” (Entrevista a Gladis, 2005). Es importante señalar la naturalidad con la que se asumen estas diferencias. Una naturalidad que impide cuestionarlas como talentos *exclusivamente* ‘personales’ para comenzar a visualizar la construcción histórica y social de la que son resultado. El relato que hace Silvia sobre cómo se había elegido una ‘jefa de personal’ dentro del taller puede ilustrar lo que intento decir: “Porque ella era lo que más había hecho, viste. [...] Entonces, estaba...o sea que tenía una capacidad personal para eso me entendés” (Entrevista a Silvia, 2005).

Ahora bien, ¿cómo fue que siendo ésta una división del trabajo que implicaba una desigual distribución de las posibilidades *reales* de cada uno de intervenir en la dirección del taller fuera vista como una deseable forma de organización? Posiblemente, la respuesta se vincule a la existencia de ciertas representaciones sociales acerca de las formas ‘correctas’ de organización y de orden. Tradiciones políticas y culturales que conciben prácticamente una única forma organizativa: una organización vertical y personalista. Abundantes son los testimonios que expresan este imaginario social en el cual el *orden* se liga a la necesidad de que exista una ‘cabeza’ que organice al resto; y por el contrario, se entiende al desorden como la ausencia de tal persona. “Mirá, últimamente era tan grande la desorganización que había, que no había quién dijera esto se debe hacer así o asá, me entendés. [...] Y era ella la que organizaba las cosas y decía bueno se va a hacer así, se va a hacer por acá, por allá. [...] Y ella se lo decía a la gente y la gente le hacía caso y salían bien las cosas” (Entrevista a Silvia, 2005). Habrá que decir que, en términos generales, las personas siguen esperando (delegando) que otro haga las cosas por ellas o, al menos, esperan que se les diga qué y cómo hacerlo.

Desde el punto de vista de los actores estas dificultades organizativas, que de alguna manera derivan en la aceptación de una autoridad ajena, se vincularían a la ‘comodidad’ de algunos de sus miembros: “Y mucho de esto se debe...¿a qué? A la *comodidad* de cada uno de no seguir los pasos de lo que hacían ellos. [...] Un poco por *ignorancia*, porque mucha gente no tiene los suficientes estudios. Y otro poco porque son *vagos*. Porque es más lindo estar en la casa viendo la novela que estar en una reunión con unos viejos ahí que no saben ni de qué hablan” (Entrevista a Gladis, 2005). No obstante, conviene profundizar el análisis de algunos aspectos que resultan puntos clave para entender de forma integral los procesos organizativos.

“Al contrario de lo que nos gustaría creer no existe algo similar a un grupo sin estructuras. Cualquier grupo de personas que por razones se une durante un período de tiempo determinado y con un objetivo cualquiera, se dará inevitablemente una u otra forma de estructura [...] El simple hecho de ser individuos con talento, predisposiciones y procedencias distintas hace que este hecho sea inevitable” (Freeman, 2004: 45). En consecuencia, la ausencia de estructuras formales en una organización no implica que el grupo carezca de estructuras, sino que se ha favorecido la *estructuración espontánea e informal* del grupo que opera a partir de la “libre” interrelación entre sus miembros. Sin embargo, sucede que los miembros de un grupo no entran en relación libremente, sino que lo hacen *solo* desde los diferentes condicionamientos reales de cada un@, es decir, a partir de aquellas experiencias particulares que le ha tocado vivir como individuos. Pero como tales, estas experiencias no se encuentran al margen de las relaciones de dominación y

subordinación que imperan en nuestras sociedades y que inevitablemente nos atraviesan constituyéndonos como personas.

La estructuración espontánea o informal que presentó el taller, aquello que se presentó como una división natural del trabajo y que se construyó a partir del reconocimiento de las diferentes habilidades personales de cada uno de sus miembros, reprodujo (aunque en menor escala) la forma de organización que atraviesa toda la sociedad en general, la división del trabajo social entre el trabajo manual y el trabajo intelectual; reproduciendo a su vez, sus mismas dificultades. Por ello, resulta importante detenerse en este aspecto que constituye uno de los fundamentos de la verticalidad en las formas organizativas, ya que produce la apropiación privada e individual de todo el proceso colectivo: como efecto de la misma organización material antes que como resultado de una intención personal.

La diferencia específica entre el trabajador intelectual y el manual no está definida únicamente por la tarea operativa que realiza cada uno dentro del taller: alguien que solo piensa y otro que solo hace. Así, alguien que ocupa la función de intelectual puede a su vez realizar alguna tarea manual, tal como ocurrió en el taller de calzados. Lo que define al trabajador intelectual, y que constituye la base de su dominio sobre el trabajador manual, es el conocimiento de la *totalidad* del proceso productivo. Metafóricamente, se podría decir que la diferencia de perspectiva entre el trabajador intelectual y el manual, es la misma diferencia de perspectiva que puede existir entre quien se encuentra en el interior de un laberinto, caminado por los pasillos, y quien mira el mismo laberinto desde lo alto de una torre. La mirada de conjunto del laberinto, la perspectiva de *totalidad* del mismo a la que tiene acceso quien observa desde lo alto, es la base que le posibilita planificar el mejor recorrido y dar las instrucciones para llegar a la salida. Contrariamente, la inevitable parcialidad de la mirada de quien está dentro del laberinto, es lo que le impide tomar decisiones respecto de qué dirección tomar.

Estas relaciones de dominación y subordinación inherentes a la división entre el trabajo intelectual y el manual es perspicazmente advertida por Víctor: “Tratábamos de...o sea la idea que yo siempre expuse con tres o cuatro personas que pensábamos mas o menos lo mismo era de que todas las personas aprendieran a hacer todos los tipos, todo el trabajo. No solo el trabajo del taller sino el trabajo también de los papeles, de la administración, de todo lo demás. Porque yo siempre he sido de la idea de que todos teníamos que saber para poder discutir y para poder llevar las cosas a mejor fin” (Entrevista a Víctor, 2005). Como bien señala Víctor, la visión de totalidad implicaba no solo tener una perspectiva hacia el interior del taller, sino también poder ubicarlo en el contexto social y político más amplio en el que se encuentra: sus relaciones con el gobierno, con otros partidos políticos, con otras organizaciones, con el mercado, etc.

Aquellas primeras diferencias de conocimiento derivadas de las respectivas experiencias personales fueron estructurando la organización del taller a partir de la *reproducción* de tales conocimientos, iniciando un proceso circular sin fin. Gladis, señala claramente cómo es que funcionó este mecanismo de reproducción al interior del taller: “Claro, porque ellos sabían a dónde se iba a comprar, sabían a dónde estaban los mejores precios, sabían con quién tenían que ir a hablar en la Municipalidad. Este...tenían muchos contactos con gente política. Y si vos no vas no te conocen. Y si vos vas, vas con ellos, y te quedás atrás no hablás con la persona no te dan ni cinco de bolilla. Entonces, ellos como que estaban en todo, entonces vos decías “no, si a ellos los conocen que vayan ellos”. *Entonces vas delegando eso, vas delegando y no vas aprendiendo.* Es como que te vas

quedando en la ignorancia. Y eso fue parte de la culpa nuestra, de no interiorizarnos en todos los temas [...]” (Entrevista a Gladis, 2005). El proceso de delegación que tiene origen en la división entre el trabajo intelectual y manual produjo en un momento la división clásica de toda empresa capitalista: “Entonces como que nosotros éramos los empleados y ellos eran los patrones” (Entrevista a Gladis, 2005). En consecuencia, “[...] ellos se dedicaron a ese tipo...a lo social, y nosotros nos quedamos más en el taller. Como que no, no estábamos muy enterados de todo lo que pasaba. Había veces que ellos informaban y había veces que ellos no informaban. Ellos ocultaban la información. Y habían préstamos y habían cosas que se hacían, trámites para hacer, prestamos y muchas veces nosotros no sabíamos ni de qué se trataba” (Entrevista a Gladis, 2005). En este último testimonio se puede advertir cómo, al no haber estructuras formales de organización que promovieran la socialización de las experiencias personales, tal socialización quedaba librada a la voluntad individual de quien la estuviera llevando a cabo.

Es también interesante analizar en qué momento este antagonismo se pone de manifiesto a nivel grupal, es decir, pasa a ser percibido por los actores. “Primero estábamos organizados y tomaba las decisiones la coordinadora. [*después*] Cuando empezó a verse el dinero, empezó a surgir el problema. Empezó a surgir el problema porque surgieron dueños me entendés. Y el microemprendimiento era nuestro, era de todos, era parte de todos. Nos llevamos una gran sorpresa cuando la coordinadora y el esposo resulta que ellos eran los dueños de todo [...] Fue grandísima la sorpresa y la decepción” (Entrevista a Silvia, 2005). Desde mi punto de vista, el conflicto alrededor del dinero es sintomático de tensiones *anteriores*, aquellas originadas en la organización productiva del grupo: la división entre el trabajo intelectual y el manual. El dinero pone de manifiesto las relaciones político-organizativas que se habían estructurado entre los miembros del taller *desde un principio* (7).

Ahora, ¿por qué los conflictos permanecen latentes hasta ese momento? Con anterioridad, estas tensiones se amortiguaron a nivel grupal a través de algunos *mecanismos de defensa* ante los conflictos. El más recurrente de ellos fue la ‘expulsión’ de algunos miembros, aquellos que entraban en conflicto con los coordinadores. De esta manera, aunque el conflicto tuviera como origen motivos político-organizativos, quedaron reducidos a problemas ‘personales’. Estos compañeros expulsados funcionaron dentro del grupo a la manera de *chivos expiatorios*. Además, estos mecanismos operaron sobre la base de aquel estado anímico del que hablaba al comienzo, momentos de euforia ante un futuro demasiado cercano. Pero, cuando aparece el dinero, ya se habían empezado a sentir algunas de las dificultades productivas. Sumado a este nuevo contexto, el dinero vehiculiza el conflicto porque cumple al menos con dos características. Primero, porque ante la crisis económica resultaba ser justamente uno de los temas en el que todos se sentían mayormente interesados y reclamaban su derecho a la participación. Segundo, porque a pesar de su abstracción, el dinero resulta mucho más visible (como objeto de apropiación) que la experiencia colectiva como tal, es decir, que la apropiación individual del conocimiento que produce la experiencia colectiva y que los coordinadores se llevaban como aprendizaje.

El objetivo que he perseguido en este apartado ha sido realizar una crítica de aquella concepción ingenua de horizontalidad que tiene como fundamento una idea *abstracta* de la igualdad: ‘todos somos iguales’; a la vez que entiende que llegamos a serlo gracias a la ausencia de estructuras y liderazgos explícitos y formales. Por el contrario, es necesario reconocer las diferencias individuales que provienen de nuestras particulares experiencias familiares, laborales, político-organizativas, etc. Experiencias que construyen y forman en

las personas diferentes capacidades manuales e intelectuales. Y que como vimos, si no se reconocen –o se reconocen sin problematizarlas- continúan ejerciendo sus efectos estructurando la organización colectiva. Esta estructuración espontánea e informal tiende a reproducir las diferencias entre los miembros; y a través de ellas, las relaciones sociales de dominación y subordinación de la que son producto. Entonces, paradójicamente, la posibilidad de construir relaciones de igualdad entre hombres y mujeres depende del reconocimiento de nuestras diferencias reales y del esfuerzo colectivo por establecer estructuras organizativas que contribuyan a producir la igualdad deseada. De esta manera, la lucha por la horizontalidad se enmarca en la lucha por la construcción de otra sociedad.

Los obstáculos que encuentra la horizontalidad en una organización basada en la división entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, es la apropiación privada e individual del proceso colectivo de trabajo. Una apropiación que es tanto del objeto material producido como del conocimiento que produce la experiencia colectiva como tal. Esta capacidad de apropiación del trabajador intelectual tiene por origen el conocimiento específico que posee: la visión de la totalidad del proceso productivo. Una reorganización contraria a tal división, solo puede lograrse a partir de un *esfuerzo consciente* que apunte en tal dirección. Particularmente, he querido llamar la atención sobre la necesidad de contar con mecanismos que promuevan la *socialización de la experiencia colectiva*, permitiendo la formación política de todo el colectivo a través de la transmisión de las diferentes experiencias individuales. Es con la participación y el asumir pequeñas responsabilidades que se va gestando la confianza y seguridad en uno/a mismo/a como sujeto de capacidades: los diferentes talentos, la seguridad personal y el compromiso político son todas habilidades que se aprenden, se construyen y se adquieren en y por el ejercicio de la misma práctica. Desde ese ejercicio, se podrá ir cuestionando y transformando la cultura personalista y verticalista que continúa presente en nuestras concepciones y formas de organización bajo el manto de la “espontaneidad” en los procesos organizativos.

Puntos de debate

Movimientos sociales y estado: relaciones difíciles

Apenas sucedido el 19 y 20 de diciembre, una de las afirmaciones más corrientes señalaba como ‘radical’ novedad de las jornadas de protesta la ineficacia del estado como herramienta de construcción de hegemonía política. El estado, según afirmaba el Colectivo Situaciones, habría desaparecido como mediación política entre el capital y el trabajo, o en otros ‘términos’, entre el Imperio y la Multitud. De esta manera, se debía comenzar a pensar en el aparato del estado “[...] simplemente, como el órgano central que administra los recursos siempre finitos de una sociedad y con respecto al cual hay que adoptar un conjunto de *posiciones*. [es decir] Más como un lugar de administración de recursos finitos, antes que de producción del vínculo social” (Colectivo Situaciones, 2002: 86).

Sin embargo, durante el año 2003 se produce un considerable descenso de la movilización popular tanto en las asambleas barriales como en el movimiento piquetero: las organizaciones piqueteras han perdido legitimidad y han sido transitoriamente integradas y relativamente controladas por el gobierno, en tanto las asambleas vecinales están en extinción. Este contexto social y político se tradujo en el ámbito académico reorientando las discusiones hacia las dificultades y los obstáculos encontrados por las organizaciones sociales en el transcurso de su experiencia. Uno de los análisis más recurrentes en este sentido ha sido el examen de las dificultades encontradas por los movimientos sociales en

la búsqueda de su autonomía frente al accionar del estado y su política de cooptación e integración de la protesta social. Esta política, logró lo que para Alejandro Grimsom resulta el factor principal que llevó a los piqueteros a una ‘ciénaga’: el Estado ha logrado imponer sus tiempos y espacios y consecuentemente también el sentido de identidad. Tiempo, espacio e identidad resultan elementos decisivos del escenario y de los actores. En otras palabras, la institucionalización del movimiento piquetero declaró el fin de su autonomía (Grimsom: 2004).

La evidencia empírica muestra que en la experiencia del taller *Huellas* el estado estuvo presente de diversas maneras, y su presencia, no consistió únicamente en ‘administrar posibles recursos económicos’, sino que devino una de las fuerzas constitutiva de la misma experiencia política, tanto de la identidad de los sujetos como de su proyecto político. En efecto, el sujeto colectivo que lleva adelante esta experiencia se constituyó a través de continuas tensiones y conflictos con las iniciativas del estado; lo cual, impregnó por momentos de una fuerte ambigüedad su identidad. Veamos cómo han sido algunas relaciones entre estado y el taller *Huellas*.

En primer lugar, hay que señalar la continuidad de algunas tradiciones políticas a partir de las cuales los sujetos de la protesta definen sus objetivos y buscan relacionarse con el estado. Le pregunto a Gladis por qué, cuando se reúnen para ver qué se podía hacer ante la crisis económica, lo primero que deciden es ir a la Municipalidad a ‘elevar un petitorio’: “No sé [*se ríe*]. No tengo idea, o sea, sería porque era la Municipalidad la encargada de dar los planes [...] Me imagino yo que por eso sería así[...]como habíamos visto nosotros, en los noticieros, en distintos lugares que la gente se dirigía a las municipalidades...bueno, supongo que también sería por eso [...]” (Entrevista a Gladis, 2005). Ante la misma pregunta Silvia responde lo siguiente: “Y porque ahí supuestamente es donde está ‘la comuna’ como es el dicho. Que es el que tenía que solucionar los problemas de las personas de Las Heras” (Entrevista a Silvia, 2005). Es decir, el estado continúa siendo el referente *indiscutido* de los reclamos y el centro-blanco al cual apuntar las demandas. De esta manera, al comienzo, los objetivos políticos se definieron en términos de la lucha por los planes sociales que ‘era lo que estaba dando el gobierno’. Así, el sujeto político del reclamo definió sus objetivos de cara a las estrategias de intervención política estatal; y en el mismo movimiento, quedó redefinida -en mayor o menor medida- la forma organizativa (marcha, petitorio, carpa, representantes, etc.); el destinatario (la Municipalidad); e inclusive, gran parte de su identidad como sujeto (jefes/as de hogar desocupados/as).

En suma, los dispositivos que activa y pone en funcionamiento el estado en su intento por controlar e integrar la protesta social imponen condiciones al accionar de los movimientos sociales. Estos sujetos –sus identidades, sus estrategias de acción y el sentimiento de su propio valor- continúan constituyéndose en tensión con el estado: se trata de un antagonismo que implica a la vez relaciones de demanda y de reconocimiento, donde el sujeto político construye su propio proyecto no *a pesar de* estos condicionamientos, sino *a través de* ellos y de una continua e inacabada lucha ideológico-política por adquirir su propia autonomía económica, política y cultural. Vuelvo a citar algunos testimonios al respecto: “y no es cuestión de quedarse con los brazos cruzados pidiéndole a los políticos que nos tiren una limosna, eh... somos personas que [...] podemos valernos por nosotros mismos y queremos que los logros sean fruto de nuestro esfuerzo [...]” (Entrevista a Alejandra, 2003). “[...] porque acá vinieron muchos ya sea políticos, a ofrecer a prometer y es muy poco lo que se ha cumplido. Así es que tenemos que hacerlo nosotros [...]” (Entrevista a Silvia, 2003). En efecto, la constitución del sujeto político, este sujeto que no-

delega (que se pone en movimiento) tiene como su contracara dialéctica, el no-hacer-nada del dirigente o funcionario político. Luego, los propios deseos de una ‘trabajo digno’ (expresado en la búsqueda de ‘algo más a futuro’) se amalgamaron con lo establecido por el Gobierno como requerimiento del plan social: realizar una contraprestación. De esa manera, fue posible que la ‘lucha por el plan’ se rearticulara a la idea de un proyecto productivo, un taller de calzados.

Para finalizar, quisiera hacer una serie de observaciones acerca de las relaciones entre los movimientos sociales y el estado que he podido inferir a partir del registro de la experiencia de los procesos político-sociales reconstruidos en la primera parte de este trabajo. Primero, la constitución de un sujeto político, su afirmación como sujeto de derechos a partir de sus necesidades y deseos en el presente reactualiza la herencia de una fuerte tradición política: un sujeto de derecho que se posiciona frente al estado como garante de esos derechos, como lugar de demanda y responsable de la satisfacción de esas necesidades. Recordemos que en Argentina, a partir de los años cuarenta, se organiza un estado de bienestar garante de derechos sociales. Es por eso que su identidad se constituye a partir de esa tensión, ese doble movimiento de demanda y reconocimiento frente al estado. Segundo, y como contracara, encontramos la participación activa del estado en los procesos político-sociales, y no sólo administrando recursos finitos (planes sociales); sino, fundamentalmente, construyendo determinadas relaciones sociales a partir de la administración de dichos recursos (relaciones de dominación: integración-cooptación-represión) e intentando imponer a través de diferentes dispositivos el espacio y el tiempo de la protesta. Es a partir de este doble y conflictivo movimiento que se va tejiendo el complejo entramado de las relaciones entre los movimientos sociales y el estado, relaciones de dominación / subordinación / *insubordinación*.

A partir de lo anterior, se puede cuestionar la opinión que, desde lugares muy diferentes, se sostiene acerca de la desaparición del estado. Contra lo que se afirma desde la derecha, habrá que decir que el estado no ha desaparecido sino que ha transformado sus tareas y funciones, se han reducido sus aspectos democráticos en favor de los más autoritarios y represivos (Boron, 2002); contra la afirmación que suele escucharse desde la izquierda (desde el autonomismo de Negri por ejemplo) habrá que decir que la crítica al estado no puede pasar por una simple oposición frontal que niegue sin más su existencia en nombre de una imaginada autonomía. En cualquiera de los casos, no pretendo sino advertir sobre la necesidad de asumir, desde el punto de vista de la crítica, las condiciones *reales* y *desiguales*, las relaciones efectivas, que existen entre el estado y los movimientos sociales; las cuales establecen las circunstancias en las que éstos últimos luchan por construir su autonomía. La autonomía es, desde este punto de vista, una permanente búsqueda desde el interior mismo de las relaciones de dominación y subordinación: resultado del éxito en la lucha política más que el punto de partida desde el cual los sujetos construyen sus ‘espacios autónomos’ al margen de la dominación, en este caso, estatal. De lo contrario, el error de apreciación que cometen aquellos que decretan sin más la desaparición del estado, contribuye a consolidar una concepción de la autonomía que se torna políticamente limitante, ya que deja a los movimientos sociales y políticos sin una visión crítica sobre las estrategias de control estatal y por lo tanto sin mecanismos de defensa y desarticulación de dicho accionar.

Memorias del pasado

En busca de las posibilidades de establecer continuidades y rupturas entre pasado y presente, uno de los objetivos que me había propuesto era el de reconstruir experiencias organizativas y de resistencia del pasado reciente de la Argentina durante los años sesenta y comienzos de los setenta). Me preguntaba qué recuerdos despertaron esas jornadas de protesta; si a partir de la nueva experiencia de organización era posible reconstruir vínculos entre el pasado y el presente; qué experiencias organizativas anteriores habían tenido quienes participaron de las organizaciones del 19 y 20.

Pregunté entonces si los días de movilización de diciembre de 2001 y enero de 2002 les recordaba otras situaciones similares en el pasado, tanto que hubieran vivido personalmente como que se los hubiera contado algún familiar o amigo. En la mayoría de los relatos existe una definida, diría obligada, referencia a los ‘setenta’ o la ‘época de la dictadura’. Algo que yo imaginaba encontrar desde el punto de vista de los presupuestos y objetivos que guiaban mis preguntas. Sin embargo, las referencias al pasado no se presentaron en la forma que yo esperaba, al punto, que por momentos me ví tentado a interpretarlo como una total *ausencia* de recuerdos. Las entrevistas posteriores me permitieron obtener una visión más compleja de la urdimbre de los recuerdos. En lo que sigue, como reflexión sobre esta experiencia de campo, quisiera presentar una serie de consideraciones conceptuales que permiten (re)interpretar aquella primera ausencia.

La memoria colectiva forma parte de los procesos culturales de un grupo o una sociedad. En ese sentido, las memorias de los sectores populares, del mismo modo que la cultura y las prácticas que llevan a cabo, está sujeta a los mismos avatares de la cultura popular en general: marcada por las relaciones de dominación y subordinación en las que estos sujetos se encuentran sumergidos. De esta manera, la problemática de la memoria se ubica en el seno de la *lucha de clases*, como terreno de disputa político-ideológica por la reconstrucción de un pasado que reafirme y reproduzca las relaciones sociales vigentes o por el contrario, un pasado que contribuya a cuestionarlas y a producir prácticas políticas alternativas y transformadoras. Y es esta *asimetría* de la lucha de clases sobre las que los sujetos reconstruyen su pasado. De esta manera, si la historia de los sectores populares y su cultura aparece ante nuestros ojos como fragmentaria y dispersa es porque el sentido común se amasa sobre la base de una idea de la continuidad de la historia y la cultura que sólo las clases dominantes pueden exhibir. Ellas son las que pueden dar cuenta de una historia continua, las que pueden reconstruir su pasado dotándolo de unidad y sentido. La memoria de los sectores subalternos es, por el contrario, siempre parcial y fragmentaria, marcada por las derrotas y los fracasos en las intentonas de asalto al poder. Es preciso señalar de qué manera esta condición de derrota interviene en la relación memoria-olvido.

Yerushalmi, advierte que el olvido colectivo no puede explicarse psicológicamente, ya que no se puede olvidar acontecimientos anteriores a la propia vida. “Por eso, cuando decimos que un pueblo “recuerda”, en realidad decimos primero que un pasado fue activamente transmitido a las generaciones contemporáneas [...] En consecuencia, un pueblo “olvida” cuando la generación poseedora del pasado no la transmite a la siguiente [...]” (Yerushalmi, 1998: 17-18). Es decir, como producto de una derrota política, los sectores populares ven interrumpidas las posibilidades de transmitir sus experiencias de organización y resistencia a las generaciones futuras. Arturo A. Roig señala estos comienzos y recomienzos de la historia de los sectores populares en América Latina utilizando la expresión de Bartolomé de las Casas sobre la *Destrucción de las indias*, como *figura* (no tan) simbólica de la conquista y del “grado cero socio-histórico” de la

subjetividad latinoamericana en estos permanentes re-comienzos (Roig, 1993). La última gran “destrucción de las indias”, en Argentina, sin dudas ocurrió en 1976 con la implantación de la última dictadura militar: la desaparición de 30.000 personas constituye un límite para la transmisión de sus experiencias, ideologías, proyectos, etc, a las generaciones futuras.

En efecto, se trata de una auténtica interrupción en la experiencia: la mayoría de las personas que participaron de la experiencia callejera en Las Heras tienen en la actualidad menos de treinta y cinco años, mientras muchos miembros del taller de calzados aún no alcanzaban siquiera los treinta. “No, no porque yo no alcancé a vivir ninguna, ninguna de las otras experiencias de los golpes...de la época de los militares, no la alcancé a vivir. O sea era muy chica” (Entrevista a Cristina, 2005). La mayoría de los individuos que participaron de las movilizaciones y luego del taller de calzados lo hacían por primera vez: eran sujetos sin experiencias organizativas anteriores (8). Cuando le pregunto a Gladis (una de las personas de mayor edad: 50 años) por otras experiencias, responde: “No, no. Esto es lo primero para mí, fue una experiencia muy nueva, esa de salir a la municipalidad... realmente fue... nos costó bastante porque, este...teníamos temor, teníamos temor de hacer una cosa así porque fue algo nuevo para todas y yo realmente con los años que tengo es la primera vez que lo hago” (Entrevista a Gladis, 2003). Esta iniciación es relatada como una ruptura en la historia personal de cada una: “no en mi caso por eso te decía que mi vida ha cambiado mucho, porque ya que las actividades que yo realizo o realizaba las podía hacer desde mi casa [...] pero lo bueno de esto que este me obligó a salir a la calle [...] en mi caso mi vida desde aquí a hace un año atrás cambió, dio un giro de 180 grados, mi vida personal, y todo, todos, a partir de ahí yo me aboqué a esto” (Entrevista a Alejandra, 2003). Este significado de ruptura con que se vivenció la experiencia callejera en torno del 19 y 20, en el caso del taller, adquiere un doble sentido por contar con participación mayoritaria de mujeres.

Ahora bien, es preciso advertir una doble relación de la derrota respecto de la memoria. Desde la concepción de Yerushalmi, la problemática sobre la memoria y el olvido pasa por los mecanismos de transmisión de la experiencia, en el sentido de que un pueblo no puede recordar lo que no le ha sido previamente transmitido. De esta manera, el olvido estaría vinculado a una diferencia generacional; pero específicamente referido a la *no-transmisión* de la experiencia entre una generación y otra. Con todo, en este último sentido, se continúa conceptualizando el olvido en oposición a la memoria, es decir, como una *ausencia de recuerdos* (aunque ahora se deba a una falla en la transmisión). Sin embargo, la derrota política no solo *interrumpe* la transmisión de la experiencia, de los recuerdos: el poder es enemigo del vacío. Si se invirtieran los términos de Yerushalmi, también podríamos afirmar, que la memoria de un pueblo depende de lo que *efectivamente* se le ha transmitido como experiencia: entonces, la derrota no solo interrumpe la transmisión, sino que la reorganiza bajo su dominio.

Bajo esta conceptualización, se puede reinterpretar tanto los olvidos como los recuerdos específicos que estos relatos presentan. Así, desde el interior de aquella primera ‘ausencia’ de recuerdos, comienzan a aparecer memorias estructuradas a partir de procesos políticos y sociales que separan lo individual de lo social, lo privado de lo público, la economía de la política; y que se expresó bajo el imperativo político-cultural popularizado como “no te metás”: “[...] mi familia como que siempre nos ha tenido aisladas de esos problemas. Eh, son particulares, son personas que *no se dejan afectar por el exterior* ya te digo el trabajo. Entonces esas situaciones a nosotras *no nos llegó ni como historia ni como*

experiencia, no nos afectó. [...] yo he venido a estar, como te puedo decir...a ser partícipe de los problemas de la sociedad, te lo puedo decir en años...seis años recién. [...] Ahí empezó mi vida se puede decir. De esos años para atrás siempre estuve como te puedo decir, *guardada*, no me afectaba nada” (Entrevista a Erica, 2005). Es decir, el poder represivo de la dictadura produjo un doble efecto en la sociedad. A la vez que impidió transmitir (en términos generales) las experiencias de resistencias y de organización popular anteriores al año setenta y seis, imprimió en la subjetividad política de los individuos un profundo desprecio y ‘desafección’ por toda experiencia de carácter colectivo. Así, el individuo permaneció ‘guardado’ en el ámbito privado de su familia sin dejarse ‘afectar’ por el ‘exterior’, por los ‘problemas económicos o sociales’. Sin embargo, el mismo testimonio expresa que algo está cambiando: desde hace un tiempo Erica ha comenzado a ‘ser partícipe de los problemas de la sociedad’, lo cual en algún sentido equivale a decir que ha comenzado a tener cierta participación política.

Aparece además, una memoria que asocia las jornadas de protesta del 2001 con las experiencias de resistencias del pasado reciente. Pero lo hace a partir de un sentido determinado y particular de protesta social: uno en el cual, el significado de protesta, se liga a una imagen de ‘despelote’, ‘descontrol’, ‘desorden’. “No, yo lo que me contaron, eso viste, que se armó por ejemplo en el Mendozazo, incluso que había gente que estaba metida ahí en el despelote dando vuelta a los vehículos, quemando, prendiendo fuego y ni siquiera sabían porqué. Pero a ellos les gustaba el disturbio y entonces también estaban haciendo el disturbio, pero ni siquiera sabían lo que estaban reclamando. Sino porque veían que todos tiraban piñas y palos viste” (Entrevista a Silvia, 2005). De esta manera, se construye una memoria en la que desaparece la posibilidad de identificar el sujeto de la protesta, sus demandas histórico-políticas, las reivindicaciones puntuales por las que luchaba, las formas concretas de organización, la visualización de un sujeto antagónico; todos borrados en la confusión de los ‘disturbios’.

Por último, y sobre todo, existen algunos testimonios cuyos relatos establecen una relación diferente entre pasado y presente, permitiendo reconstruir el pasado de una manera diferente a la definida desde los sectores dominantes. Son memorias que cuestionan la naturalidad con que se vive el presente y por ello contribuyen a poner de manifiesto posibilidades futuras de transformación social. Ahora bien, establecer *continuidades* en cualquier experiencia social implica la posibilidad de reconocer tanto relaciones de *identidad* como de *diferencia* entre dos momentos que se suceden en el tiempo. De esta manera, continuidad, no es solo lo que permanece sin modificaciones; sino que son las mismas novedades, los aspectos de ruptura, los que permiten establecer una continuidad entre los diferentes momentos en el marco de una totalidad espacio-temporal. Víctor, por ejemplo, establece una continuidad muy sugerente entre dictadura y democracia: “Y en muchas cosas, eh por ejemplo en la época de estos chicos que salían a la calle a decir verdades y los militares abusaban de su poder para callarlos de una manera o de otra, muchos desaparecidos a raíz de esa circunstancia. Y acá estaba pasando prácticamente lo mismo, no con la fuerza que usaron los militares, pero no podían...qué era lo que utilizaban ellos?! Los famosos planes. ‘Si vos este...me apoyás a mí, yo te doy un plan’. Y para mi es prácticamente lo mismo” (Entrevista a Víctor, 2005). Es la *resignificación* de las experiencias del pasado, como en este caso la reinterpretación de la política de represión que hace Víctor, lo que permite *transmitir* dichas experiencias al presente. En tal sentido, Víctor contribuye a una lectura crítica de nuestras democracias y de las relaciones que establecen las organizaciones populares con las instituciones estatales, poniendo al

descubierto una vez más, las contradicciones y ambigüedades que caracterizan al plan social. No obstante, hay que señalar que Víctor pone el acento en los significados que permiten identificar dictadura y democracia, dejando de lado aquellos significados que acentúan los aspectos de ruptura entre ambas: la represión a partir de la desaparición de personas.

En busca de memorias contrahegemónicas, se puede mencionar otro aspecto en que el taller estableció cierta continuidad entre pasado y presente. En un principio este grupo adoptó el nombre “*Madres Luchadoras*”. Gladis cuenta cómo fue que eligieron el nombre: “Y ese día se juntaron muchísima gente, mujeres, porque hombres no. [...] Por esa razón y emulando más que nada el nombre de las *Madres de Plaza de Mayo* fue que elegimos un nombre [...] Y largando nombres así, salió el de “Madres luchadoras” por lo que estábamos luchando y la mayoría éramos madres, creo que casi todas” (Entrevista a Gladis, 2005). En este caso, la experiencia mantuvo un vínculo con el pasado reciente, pero haciéndolo de una manera diferente a las anteriores: aquí reaparece la posibilidad de identificar un sujeto históricamente determinado, las madres de desaparecidos que luchan contra la dictadura militar. Esta rearticulación entre madre y lucha les permitió a ellas mismas asumirse como sujeto político en la actualidad.

Una de las funciones primordiales de la memoria es producir narraciones del pasado que contribuyan a problematizar el orden social naturalizado por el paso del tiempo, haciendo visible que las cosas no siempre han sido como son y que podríamos llegar a ser algo distinto de lo que somos. Al relacionar la problemática de la memoria con la teoría de la hegemonía, he pretendido atender a las diferentes condiciones reales y desiguales sobre las que cada grupo intenta reconstruir la memoria de su experiencia pasada, establecer su continuidad y determinar su sentido.

Los sectores populares llevan a cabo dicho proceso en condiciones desfavorables. Su memoria es siempre parcial y fragmentaria, marcada por las derrotas y los fracasos en las intentonas de asalto al poder. La dictadura militar que tuvo inicio en 1976 en Argentina produjo un determinado relato sobre el pasado; desde el cual, el presente se desprendía como su continuidad inevitable. Sin embargo, esa ‘memoria oficial’, no está exenta de grietas y aberturas desde las cuales poder reconstruir relatos contrahegemónicos. En ese sentido, los acontecimientos de las jornadas de diciembre de 2001 contribuyen a transformar los marcos sociales a partir de los cuales es posible reconfigurar los vínculos entre el pasado y el presente. Ahora bien, dicha posibilidad no puede ser resultado de la pura espontaneidad. Una vez más, demandará un esfuerzo conscientemente orientado a tal efecto: una tarea político-cultural que involucre un trabajo organizado por la recuperación de aquel pasado truncado.

Consideraciones finales

En este trabajo he intentado contribuir al debate sobre las jornadas de protesta de diciembre de 2001. Frente a la disyuntiva entre ‘total continuidad’ o ‘radical ruptura’, he preferido centrarme en el registro cuidadoso de la *experiencia* y de la manera en que fue vivenciada por los sujetos que llevaron a cabo dichas jornadas. A partir de allí, he podido señalar algunos puntos de ruptura y otros de continuidad entre pasado y presente.

El momento de *ruptura* corresponde a la configuración de un *nosotr@s*, un proceso colectivo en el que se interrelaciona la experiencia de lucha, la definición del proyecto político y la construcción de un sujeto que se constituye como tal en el mismo proceso de su organización. A partir de la crisis económica, que provoca la desocupación y la

desesperación de “no tener qué darle de comer a sus hijos”, un grupo mayoritariamente formado por mujeres y madres comienza la búsqueda de una “alternativa”: deciden juntarse, realizan reuniones, discuten, se conocen y organizan. En ese proceso, van transformando su identidad, centrada en la crisis y la desocupación, en otra que se vincula a la búsqueda de trabajo y dignidad: ya no se sienten las mismas personas, ahora son “Madres Luchadoras”, sienten que sus vidas han cambiado 180 grados y que tienen otro futuro.

No obstante, el ingreso de ese sujeto en el espacio público se realiza bajo condiciones históricas heredadas que marcan límites y presiones a las expectativas iniciales. A partir de esas circunstancias los sujetos transitan en el borde, por momento difuso, entre la autoafirmación política y los límites impuestos por el tipo de relaciones sociales edificadas bajo el avance del capitalismo tardío. Las condiciones reales sobre las que se intenta romper con el pasado de opresión se refieren a la doble relación de factores objetivos y subjetivos. Desde el punto de vista de los factores macroeconómicos, la sociedad capitalista, y de manera particular la implementación de políticas neoliberales, profundizaron las desigualdades sociales y transformaron la forma y función del estado haciendo desaparecer sus intervenciones en la reproducción ampliada del capital. Desde el punto de vista de los factores político-culturales, la dictadura militar del '76 (corroborada por diez años de menemato) apuntó a la aniquilación de las experiencias de organización y solidaridad popular procurando borrar del horizonte las expectativas de transformación social. Transformaciones en el capitalismo y experiencia política confluyeron en un ahondamiento del individualismo, avizorado como única posibilidad de supervivencia. Sobre esas bases económicas, políticas y subjetivas, las posibilidades de afianzamiento del proyecto se vieron frustradas.

La tensión entre lo viejo y lo nuevo afloraba en la vida cotidiana del Taller: por una parte, la tendencia a la horizontalidad se manifestaba en la idea de que ‘todos somos iguales’. Paradójicamente, esto no permitió el reconocimiento efectivo de las diferencias reales, que hubiera posibilitado tácticas de transformación. A partir de la pretendidamente “libre” interacción de esas diferencias, a la larga se produjo la paulatina reintroducción de la división en clases al interior de la organización, imponiéndose una estructura vertical y jerárquica sobre la base de la división del trabajo entre trabajo manual y trabajo intelectual. Tanto la imposibilidad de pensar en torno de la igualdad proclamada como el peso de las jerarquías naturalizadas condujeron a una forma de organización vertical y centralizada. A la larga esta experiencia terminaría en la apropiación de la maquinaria por parte de quienes monopolizaron las decisiones y eran capaces de comprender el proceso de un modo más general.

Si volviéramos la mirada hacia el recorrido trazado, el desarrollo de la investigación tiende a presentarse como una suerte de balance de una experiencia a la vez personal y colectiva. Muchas de las preocupaciones que empujaron esta investigación, algunas interpretaciones, tuvieron como objetivo encontrar explicación al desenvolvimiento que presentó el taller *Huellas*.

He buscado traspasar la “particularidad” de esta experiencia profundizando el estudio de las contradicciones que exterioriza en busca de los puntos comunes de la problemática que comparte con otras prácticas organizativas surgidas del 19 y 20. Ello, pienso, permite percibir y comprender la complejidad de las jornadas de diciembre. Es necesario mantenerse atentos a una reflexión crítica, que permita advertir, hasta qué punto el momento de la lectura se organiza como perspectiva parcial e impone límites que llevan a sobreestimar ciertos factores en detrimento de otros no menos importantes.

El 19 y 20 de diciembre de 2001 como acontecimiento político marca una inflexión; la del retorno a *la política*, produce otro escenario en el cual pensarse como sujetos, a la vez que permite la creación de nuevas expectativas a futuro. El 2003, pone en evidencia el peso de las estructuras económicas y la inercia de ciertas tradiciones político-culturales. El recorrido que vincula un momento al otro pone de manifiesto el núcleo problemático que me ha interesado indagar: las relaciones siempre tensas entre la economía y la política, lo colectivo y lo personal, el pasado y el presente, la forma bajo las cuales los límites y presiones de las condiciones heredadas modelan los procesos, posibilitan u obstaculizan el horizonte de expectativas creadas por la irrupción en el escenario de los sectores populares.

Bibliografía citada

- Boron, Atilio, 2002, *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri* (Buenos Aires: CLACSO).
- Colectivo Situaciones 2002, *19 Y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social*, (Buenos Aires: Ediciones de mano en mano).
- de Santos, Blas 2004, “El altruismo o la penúltima tentación de la clase media argentina”, *El Rodaballo*, Buenos Aires, Número 15.
- Grimsom, Alejandro 2004, “Piquetes en la ciénaga. Los bloqueos políticos en los cortes de ruta”, *El Rodaballo*, Buenos Aires, Número 15.
- Jo Freeman 2004, “La tiranía de la falta de Estructuras”, *El Rodaballo*, Buenos Aires, Número 15.
- Lozano, Claudio 2001, “Contexto económico y político en la protesta social de la Argentina contemporánea”, *Observatorio Social de América Latina/OSAL*, CLACSO, Buenos Aires, Número 5.
- Roig, Arturo, 1993, *Rostro y filosofía de América Latina* (Mendoza: EDIUNC)
- Rozitchner, León 2002, “la ruptura de la cadena del terror” en Colectivo Situaciones, *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social*, (Buenos Aires: Ediciones de mano en mano).
- Seoane, Emilio 2002, “Argentina: la configuración de las disputas sociales ante la crisis”, *Observatorio Social de América Latina/OSAL*, CLACSO, Buenos Aires, Número 7.
- Tarcus, Horacio 2004, “La lenta agonía de la vieja izquierda y el prolongado parto de una nueva cultura emancipatoria”, *El Rodaballo*, Buenos Aires, Número 15.
- Williams, Raymond 2000 (1977), *Marxismo y literatura* (Barcelona: Península).
- Yerushalmi, Yosef y otros, 1998 (1988), *Usos del olvido*, (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión).

Notas

* Licenciando en Sociología. Universidad Nacional de Cuyo.

1. Es indudable que las jornadas no tuvieron en la provincia de Mendoza las características y magnitud que tuvieron las porteñas. Por ello, hay quienes opinan que el 19 y 20 de diciembre de 2001 fue un “porteñazo”, y en ese sentido no tuvo carácter “nacional”. No cabe aquí “tironear” el 19 y 20 entre el interior y Buenos Aires. Lo que sucede es que debido a fuertes tradiciones políticas centralistas, Buenos Aires, se constituye como el lugar donde los procesos sociales adquieren mayor condensación política: visibilidad, etc. De esta manera, la protesta social recorre desde hace algunos años todo el país, pero sólo cuando llega a Buenos Aires adquiere ‘alcance’ nacional: es decir, deja consecuencias que

ponen en otra coyuntura social y política a *toda* la nación. No obstante, es preciso señalar que es en la Provincia de Mendoza donde ocurren los primeros saqueos a supermercados a nivel nacional en los días previos a las jornadas de diciembre. En segundo lugar, es en torno a estos acontecimientos que surge la experiencia organizativa del taller de calzado *Huellas* (experiencia que voy a analizar) y otras experiencias toman nuevo impulso y nuevas orientaciones. Creo que el desafío debe estar orientado a determinar, a partir de análisis empíricos, las características particulares que tomaron estas jornadas en cada región del país y sus diferentes recorridos posteriores.

2. Se trata de un trabajo inédito realizado en el año 2003 por un grupo de estudiantes de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (UNCuyo): Alba Vega, Celia Torres, Ana Salazar, Laura Navia y Lorena Scala. Si bien este trabajo estaba diseñado con otros objetivos cognitivos (estudios de género), pudo ser aprovechado para reconstruir aspectos del proceso organizativo y las representaciones que se hacen los sujetos en el primer momento de la experiencia. Se utilizó algunas entrevistas realizadas a las mujeres del taller durante el primer año de su funcionamiento.

3. El Programa Nacional Plan Jefe/a de Hogar para Desocupados lo puso en funcionamiento el Gobierno de Duhalde y contempla un subsidio de \$150 por mes a cambio de una contraprestación de cuatro horas diarias en la realización de alguna tarea previamente designada.

4. Este imaginario social es el telón de fondo sobre el que se configuran las primeras discusiones relativas al 19 y 20, un momento en el que para algunos era necesario acentuar “lo novedoso” de todo el proceso, destacando los puntos de ruptura que comportaba respecto del pasado. Entonces, el *Colectivo Situaciones* afirmaba: “las jornadas del 19 y 20 nos obligan a pensar la novedad y no, simplemente, a inscribir los “hechos” en una totalidad previa de sentidos. Por eso, nuestro intento es pensar lo que inaugura el 19 y 20 en su singularidad” (Colectivo Situaciones, 2002: 9). Situaciones lee las jornadas de diciembre como una gran ‘fiesta’ en la que se festejaba “el descubrimiento de deseos sociales potentes, capaces de alterar miles de destinos singulares” (Colectivo Situaciones, 2002: 34). Las jornadas de diciembre habrían puesto de manifiesto un ‘nuevo protagonismo social’ cuyas ‘potencialidades creativas’ y ‘mecanismos de experimentación de lo múltiple’ producían una doble operación: una ‘radical’ ruptura respecto del pasado, junto a una *ilimitada* apertura al futuro.

5. No pretendo aquí adherir a un pensamiento reduccionista y economicista de los procesos sociales. Me apoyo en la noción de *determinación* tal como la entiende Raymond Williams: la determinación como ‘fijación de límites y presiones’. “La cuestión clave radica en el grado en que las condiciones “objetivas” son comprendidas como externas. [...] las condiciones “objetivas” son, y solo pueden ser, resultado de las acciones del hombre en el mundo material, la verdadera distinción sólo puede darse entre objetividad histórica –las condiciones en que, en cualquier punto particular del tiempo, los hombres se encuentran con que han nacido; y por lo tanto, las condiciones “accesibles” que “establecen”- y la objetividad abstracta, en la cual el proceso “determinante” es “independiente de su voluntad”; no en el sentido histórico de que lo han heredado, sino en el sentido absoluto de que no pueden controlarlo; sólo pueden procurar comprenderlo y, en consecuencia, guiar sus acciones en armonía con él” (Williams, 2000: 105).

6. En el terreno político la novedad se establecía en comparación a la forma tradicional de organización política: el partido.

7. Las tensiones entre líder y grupo se remontan a una disputa por el *origen* mismo de la experiencia (cuando el proceso organizativo giraba en torno a la lucha callejera): “Se formó a través de un grupo de madres [...] y bueno *decidimos juntarnos*. Bueno, esto *lo inició* Elizabeth, que es nuestra coordinadora y su esposo Daniel precisamente por este tema de que no hay trabajo [...]” (Entrevista a Alejandra, 2003). Lo primero que surge en el relato que hace Alejandra es asumirse ella misma junto a sus compañeras como *sujet@* de la acción. Pero, inmediatamente, delega esa responsabilidad en otra persona, aquella que ‘lidera’ el proceso. En mi opinión, la acción de este líder, que podría pensarse como una instancia de aporte ‘personal’ al grupo, se resignifica de una determinada forma: de manera *individual*. En efecto, a partir de allí, la experiencia organizativa que es resultado de un proceso colectivo se transforma en la propiedad privada de un individuo.

8. Del total de los miembros del taller (alrededor de treinta en un principio) solo una persona tenía experiencia organizativa anterior a la última dictadura: un varón ex militante del Partido Comunista. Luego, solo dos personas más tenían algún tipo de experiencia anterior: otro varón, que participó alrededor de 1987 de una cooperativa de vivienda; y una mujer, que participó de una serie de reclamos ante el Banco Hipotecario hacia finales de la década del noventa.